

LEONARDO REYES SILVA

un Poco
de Todo



LA PAZ, B. C. S.
2012

INTRODUCCIÓN

Al hacer un recuento de lo que escrito a través del tiempo, encontré muchos relatos, artículos de fondo, cientos de crónicas, algunos cuentos y variados poemas, muchos de ellos que corresponden a los últimos años.

Mi afición por las letras me hizo cursar la licenciatura de Lengua y Literatura Españolas y, como resultado, comencé a impartir cátedras de español y talle de lectura y redacción en escuelas secundarias y preparatorias. Después, cuando se fundó la Escuela Normal Superior, impartí en ella las cátedras de literatura mexicana, española e iberoamericana, tanto en los cursos ordinarios como los intensivos de julio y agosto.

En esos años comencé a interesarme en la historia de México, en especial de la Baja California. Resultado de ello fueron dos o tres libros publicados y cuatro biografías de personajes ilustres de nuestra entidad. Mi inclinación por el pasado peninsular dio lugar a muchos relatos y crónicas y la publicación de ellos en cuatro libros, así como también en periódicos de la entidad.

Mi labor como cronista municipal de La Paz en los diez años que desempeñé el cargo, me permitió adentrarme en las costumbres y tradiciones de los habitantes de los ranchos, de los campos pesqueros, de los centros mineros y de los pueblos en general. Varias crónicas aparecen en el presente libro al que he titulado “UN POCO DE TODO”. Es una selección arbitraria de trabajos literarios, porque a los mejor otros merecían estar en esta antología aunque, como siempre, serán los lectores los mejores críticos de este propósito.

En esta publicación he incluido varios poemas y una serie de haikus los cuales, justo es decirlo, tuvieron como inspiración el libro “Escritura en seda” de la escritora Leticia Garriga. He

dejado pendientes otros más y espero darlos a conocer en ocasiones posteriores.

Ojalá que esta antología sea una más que contribuya a deleitar a los lectores. Y, desde luego, que encuentren en ella un poco o un mucho de los que nos identifica como sudcalifornianos. De ser así, este modesto escritor creará que valió la pena darla a conocer.

Leonardo Reyes Silva

CRÓNICA DE LA BAJA CALIFORNIA

De entrada puedo decir que el Estado de Baja California Sur, conocido de manera extraoficial como Sudcalifornia, ocupa la mitad de la península abajo del paralelo 28, ya que la otra mitad al norte corresponde al Estado de Baja California.

Con 73,677 kilómetros cuadrados de superficie y un poco más de 600 mil habitantes distribuidos en los cinco municipios que son Mulegé, Loreto, Comondú, La Paz y Los Cabos, nuestra entidad reúne características especiales que tienen que ver con su historia, sus tradiciones y costumbres, con sus recursos naturales y los grandes atractivos turísticos que posee gracias a sus hermosas playas, islas y bahías que circundan toda la península bajacaliforniana.

Pero hace 478 años esta tierra legendaria no se conocía. Podemos afirmar que mucho antes de ubicarse ese nombre en la geografía y de materializarse en la cartografía mundial, su nombre ya rodaba envuelto en penumbras de leyenda y en humos de fantasía.

En el período que comprendió su descubrimiento y los posteriores esfuerzos de exploraciones e intentos de conquista, a esta tierra recién descubierta se le comenzó a llamar California, sin que se supiera quien la bautizó ni mucho menos cual fue su origen. Pero el nombre se hizo común y así se le mencionó durante los siglos de la dominación española. Fue hasta el año de 1862 cuando el escritor norteamericano Edward E. Hale descubrió que la palabra provenía de un libro de caballerías escrito a fines del siglo XV en que relata las hazañas de un guerrero cristiano llamado Esplandian.

Resulta que el regidor Garcí Ordoñez de Montalvo habitante del pueblo de Medina del Campo, en España, aprovechando la gran demanda que tenían los libros de caballería escribió una obra que alcanzó mucha popularidad, a la que llamó "Las sergas de Esplendían. En ella relata la guerra entre turcos y cristianos durante la ocupación de la ciudad de Constantinopla. Y es precisamente en el capítulo CLVII donde aparece el término California, al referirse a la ayuda que la reina Calafia prestó a los turcos.

En este capítulo se lee “Sabed que a la diestra mano de las Indias hubo una isla llamada California, muy llegada al paraíso terrenal, la cual fue poblada de mujeres negras, sin que algún varón entre ellas hubiese...sus armas eran todas de oro y también las guarniciones de las bestias fieras..que en toda la isla no había otro metal alguno...”

Ese libro fue muy leído y comentado por los marinos y soldados que acompañaron a Cortés en la conquista de México. Tenochtitlán, y es casi seguro que esperaban encontrar algún día esa isla y sus tesoros. Y la idea de algún modo se materializó, cuando Cortés fue informado en 1524 de que habían visto una isla poblada de mujeres sin varón alguno y que era muy rica en perlas y en oro. Entusiasmado por esa noticia, Cortés organizó dos expediciones hacia la Mar del Sur y la segunda, por azar, descubrió la península en 1534. De seguro muchos de los expedicionarios pensaron que habían llegado a la isla California y por eso la comenzaron a llamar así.

Sea como fuere, California llegó a tener una importancia capital, sobre todo por que fue el punto de enlace para las exploraciones al norte de la península y las diversas regiones de Asia. Y su nombre, nacido de un antiguo mito es el que distingue a los habitantes de esta región de México.

Desde los primeros viajes de exploración se había puesto en evidencia que la desconocida península era árida y carecía de abundantes riquezas. No obstante, debido quizá a la existencia de perlas que los conquistadores pudieron ver y palpar, persistió la idea de que en algún lugar de California los aguardaba la fortuna. Aunque personalmente Cortés experimentó otro fracaso y supo por su cuenta lo difícil que era colonizar las estériles tierras de California, no decayó su interés en el proyecto de ocupación. Persistía la esperanza de descubrir más al norte tierras menos inhospitalarias y verdaderamente ricas. Francisco de Ulloa en 1539 recorrió los litorales de la supuesta isla y encontró indicios de que la tierra que exploraban estaba unida al continente.

Muchos años, de 1535 a 1697, los intentos por la conquista de California se convirtieron en una obsesión para los expedicionarios quienes buscaron fama y riquezas que nunca encontraron. Recordamos

aquí a Sebastián Vizcaíno que fue quien le puso el nombre de La Paz a nuestra ciudad capital, Pedro Porter Casanate, Nicolás de Cardona y el almirante Isidro de Atondo y Antillón que llegó a la península en 1683.

Y esta región hubiera quedado olvidada muchos años aún, si no es por el padre jesuita Eusebio Francisco Kino quien acompañaba a Atondo y comprendió la necesidad de socorrer y evangelizar a los indios que poblaban esta parte alejada de la Nueva España. Así, con el respaldo del padre Juan María de Salvatierra lograron que el Virrey autorizara la entrada de los misioneros jesuitas a las Californias.

Pero a final de cuentas Kino no pudo acompañar a Salvatierra por lo que éste llegó a las costas de la península con sólo nueve acompañantes, entre ellos Luis de Torres Tortolero y Esteban Rodríguez Lorenzo, soldados que jugaron un papel importante en la colonización de esta región. Con ese grupo el 25 de octubre de 1697 Salvatierra fundó la Misión de Loreto y en años posteriores las misiones de San Francisco Javier llamada por los indígenas Viggé Biaundó, San Juan Bautista Malibat, Liguí, Santa Rosalía de Mulegé, San José de Comondú, la Purísima Concepción Cadegomó, Nuestra Señora del Pilar de La Paz Airapí, Santiago de los Coras, San Ignacio Kadakaaman, Estero de las Palmas de San José del Cabo Añuití y otras más, que sumaron un total de 17.

Pero no se crea que los jesuitas encontraron el paraíso en las tierras californianas. La aridez de la tierra y la falta de agua que no permitieron el desarrollo de la agricultura, la ausencia de yacimientos minerales, la oposición indígena representada por los hechiceros o guamas, la carencia de alimentos, siempre tuvieron que depender de las misiones de Sonora, y las epidemias que asolaron a los nativos, obstaculizaron en gran parte su labor evangelizadora y no permitieron la creación de pueblos como en otras regiones del país.

Después de permanecer durante 70 años en la península la tuvieron que abandonar debido a una orden del rey de España. En su lugar llegaron los padres franciscanos y después los padres dominicos. Como herencia los jesuitas nos dejaron el idioma español, la religión y muchas costumbres que se han hecho tradición entre los pobladores de nuestra entidad.

Cuando se inició la guerra de independencia en 1810 y su culminación en 1821, la vida de los habitantes de la ya conocida como Baja California—las autoridades del virreinato de la Nueva España le dieron el nombre de Alta California a la región que hoy ocupa el estado de California en los Estados Unidos—cambió radicalmente. En 1822 se instalaron los municipios y se conformó la diputación territorial, en 1830 se creó el municipio de La Paz y se convirtió en la capital de la entidad en lugar de Loreto; los Jefes Políticos se sucedieron unos a otros como Mariano Monterde, Luis del Castillo Negrete, Francisco Palacios Miranda—a este coronel le tocó enfrentar la invasión norteamericana de 1847 y 1848, aunque fue acusado de colaboracionista,- - Juan Clímaco Rebolledo, José María Blancarte, Antonio Pedrín, Bibiano Dávalos y Agustín Sanginés hasta el año de 1911.

Todo el siglo XIX nuestra entidad vivió épocas difíciles en las que peligraba su soberanía. En 1822, por ejemplo, dos naves del almirante chileno Lord Cochrane se apoderaron de los pueblos de San José del Cabo y Loreto; después tuvimos que enfrentarnos a las tropas norteamericanas en 1847 y 1848, a tal grado que todavía después de firmarse la paz entre los dos países, los sudcalifornianos seguían luchando contra los invasores. También en 1853 el filibustero William Walker se apoderó de La Paz tratando de crear una república independiente. Y durante la intervención francesa, nuestra entidad fue de las únicas donde no pisaron la tierra los soldados galos.

En 1913 cuando las fuerzas revolucionarias se levantaron en armas para derrotar al gobierno usurpador del general Victoriano Huerta, aquí en La Paz se rebeló el general Félix Ortega Aguilar y después del triunfo de las fuerzas constitucionalistas fue nombrado Jefe Político y Comandante Militar del Distrito Sur de la Baja California. En 1920 los sudcalifornianos eligieron mediante un plebiscito al gobernador civil que fue el señor Agustín Arriola, y en 1974, el 8 de octubre, nuestro Territorio se convirtió en un Estado más de la Federación Mexicana.

Desde esa fecha la antigua California, la del mito, ha recorrido etapas de progreso fincado en el esfuerzo de sus mujeres y sus hombres. Con una infraestructura educativa envidiable, con medios de comunicación idóneos con nuestro país y el extranjero, con el auge de la industria turística sobre todo en la zona de Los Cabos comparable con Acapulco, Cancún y Huatulco; con el espectáculo maravilloso del arribo

de las ballenas cada año en los esteros de San Carlos y López Mateos y la laguna Ojo de liebre, cerca de la población de Guerrero Negro donde se encuentra una de las salinas mas grandes del mundo, con la permanencia de nuestras costumbres y tradiciones, con la cálida hospitalidad que siempre nos ha caracterizado, Baja California Sur forma parte indisoluble de México y los que la poblamos estamos y estaremos siempre muy cerca del corazón de nuestra Patria.

UN ¡HURRA! POR MI NIETA.

Cuando nació era tan pequeñita que cabía en una caja de zapatos del ocho. No la medimos pero todos dijeron que dado su tamaño no sería de gran estatura. De momento y dada la alegría de su nacimiento esa observación pasó a segundo término. No podía ser de otra manera que ya no es usual que, de pronto, uno se convierta en abuelo.

Y la niña creció con los arrumacos de sus parientes, y esos primeros meses de su vida auguraban lo mejor para ella. Pero de pronto la tragedia, como antítesis de la felicidad, golpeó inmisericorde las puertas de su familia. En un enfrentamiento con las fuerzas del mal, léase narcotraficantes, su padre perdió la vida y su pequeña hija, sin poder valorar la pérdida del ser humano que tanto la amaba, continuó creciendo amparada solamente por la madre y sus abuelos.

Con los años, mi nieta se convirtió en una joven menudita, de facciones agradables y con destellos de inteligencia que le permitieron cursar sus estudios de educación básica con excelentes resultados. Gracias a la protección que le brindamos no echó de menos a su progenitor, aunque a veces la sorprendimos mirando durante largos minutos el retrato de su padre ausente, colocado en una de las paredes de la sala.

Cuando cumplió los quince años y cursaba la educación preparatoria, una tarde, de improviso, me preguntó: “Abuelo, ¿cómo fue que murió mi padre?” Y entonces al ver su actitud de súplica, pero a la vez llena de firmeza, no tuve más remedio que contestarle, sabiendo que al hacerlo se reabría una herida que lastimó nuestros sentimientos durante mucho tiempo.

--Fue en el año de 1981—le expliqué—cuando tu papá con su grado de teniente de infantería, egresado del Heroico Colegio Militar, estaba al frente de un destacamento en la población de Compostela del Estado de Nayarit. En esos años, no sé si ahora, esa región tenía muchos plantíos de mariguana en la parte alta de la sierra, y eran muchos los campesinos dedicados al cultivo y recolección de esa hierba. En una ocasión, el pelotón que comandaba tu papá detuvo una avioneta, dos camiones picap y cinco personas, en el momento que trataban de transportar un cargamento de mariguana a los Estados Unidos. Dicen que los narcotraficantes no perdonan a quienes los

delatan o los detienen. Tal vez por eso, yo no puedo asegurarlo, tu padre perdió la vida. Una tarde, un agente de la policía le comunicó que en un pueblo cercano estaba escondido uno de los “narcos” que tenía cuentas pendientes con la justicia. Acompañado de agentes judiciales y varios de sus soldados se dirigió al lugar mencionado y rodearon la casa donde supuestamente se encontraba. Tu papá se adelantó para tocar la puerta y de improviso se escucharon disparos procedentes del interior, uno de los cuales lo hirió de gravedad. Los soldados contestaron el fuego y lograron detener a dos individuos que se encontraban en la casa. Pero, en tanto, tirado en el suelo el teniente Murillo perdía lentamente la vida debido a la gran hemorragia que le ocasionó el balazo. Cuando lo levantaron para trasladarlo a Compostela ya había muerto. A nosotros nos avisaron al día siguiente por la mañana y en una avioneta del gobierno nos trasladamos a la ciudad de Tepic, para hacernos cargo de sus restos y traerlos a La Paz. Es por eso que regularmente vamos al panteón de los Sanjuanés a visitar su tumba.

Durante el relato ni una lágrima vertida ni un sollozo escuché de mi nieta. Con los ojos brillantes que denotaban una emoción reprimida, y con una actitud desafiante que la hizo crecer en mi admiración, me dijo:

--Gracias, abue. Hoy más que nunca quiero seguir estudiando y terminar una profesión. Estoy segura que mi padre eso hubiera querido.

Con ese propósito se inscribió en la universidad para hacer una carrera en ciencias agropecuarias. Durante cuatro años y medio fue pasajera del transporte urbano que la llevaba y traía a esa casa de estudios. Realizó viajes de capacitación al interior de la república; estuvo en varias ocasiones en un establo lechero de la región del Vizcaíno, para aprender la técnica de la inseminación artificial; supo del cuidado de cabras, cerdos, pollos y vaya, hasta quiso conocer los sistemas de la cría, cuidado y beneficio de esos raros animales llamados avestruces, en el Valle de Santo Domingo. Todo esto, a mi forma muy particular de ver, más propio de hombres que de mujeres.

Ayer, Martha presentó su examen recepcional para recibir el título de Ingeniero Zootecnista. Ahí, frente al jurado calificador, esta joven mujer de engañosa fragilidad, que se abrió paso por la vida con una tenacidad increíble, dio muestras de su capacidad y deseos de hacer bien las cosas. En su tesis impresa, después de los agradecimientos en

los que por cierto me incluye a mí, en una pagina huérfana, en la parte superior, se encuentra la dedicatoria, con sólo una frase: “A mi padre”

LOS TIBURONES Y LA PÓLVORA

A mediados del siglo pasado, cuando se agotaron los placeres de la concha madre perla, los pescadores de la región se dedicaron a la captura de tiburones, de los que se aprovechaban los hígados para producir el aceite que se adquiría en el extranjero. Fue una época de bonanza para las familias de los pescadores y en general para la población sudcaliforniana, ya que el aceite era muy bien pagado por los empresarios que se dedicaban a este negocio.

La bahía de La Paz y la zona de la bahía de la Ventana eran algunos de los lugares en los que había abundancia de tiburones, los que eran capturados por el método de cimbras que se extendían entre doscientos y trescientos metros. Las cimbras consistían en redes hechas de material resistente y de las cuales colgaban una serie de anzuelos de gran tamaño—10 o 15 centímetros—provistos de carnada de diferentes clases de pescados.

Por lo general las cimbras se colocaban en el mar por las tardes y al día siguiente por la mañana se revisaban. Conducidas al lugar donde se encontraba el paraje, a las piezas cobradas se les sacaban los hígados que eran depositados en latas echando sal encima de ellos, a fin de conservarlos en buen estado. Cada dos o tres días llegaba el comprador, se llevaba el producto y dejaba las latas vacías a los pescadores.

En La Paz hubo un empresario, Alejandro Calderón, que se dedicaba al comercio del aceite de estos escualos. Tenía su negocio en la zona del Esterito y sus camiones recorrían todas las costas de La Paz y La Ventana comprando en especial los hígados, los que por su calidad de clasificaban en dos clases. En los años cuarenta, con motivo de la segunda guerra mundial, el aceite tenía altos precios ya que se utilizaba en productos medicinales. Después el precio bajó hasta hacer incosteable la captura de estos animales. Fue cuando los pescadores de La Ventana y El Sargento, se dedicaron a la captura del pez llamado “tamborillo” que era muy bien pagado en los Estados Unidos.

El “tamborillo” cuando lo sacan del mar, tiene la cualidad de inflarse y pone erectos las púas que cubren toda su piel. Cuando muere vuelve a su estado original. Los compradores de estos peces los adquirirían cuando estaban llenos de aire, y por eso enseñaron a los pescadores la técnica para disecarlos, prefiriendo los animales de mayor tamaño. El negocio fue bueno para todos, por que en esos tiempos había grandes cantidades de “tamborillos” y la pesca de ellos no representaba tanto peligro como el de los tiburones.

Pero como sucede cuando la explotación es excesiva, este pez escaseó y entonces los pescadores se dedicaron a capturar especies de escamas, de tiburones para aprovechar la carne y las aletas y, en los años sesenta, a la pesca de caguamas de las que se aprovechaba únicamente la piel.

Volviendo al tema del aceite de tiburón, los permisionarios que se dedicaban a este negocio, tenían que aprovisionar a los pescadores de barras de pólvora, para que consiguieran la carnada usada en las cimbras. ¿Cómo se utilizaban estas barras de pólvora?

II

En la tarde del sábado pasado lo encontré en su paraje frente a la bahía de la Ventana, esperando que el mal tiempo se quitara para poder tender su chinchorro, ayudado por un pequeño esquife de no más de diez pies de largo. La tarde que declinaba y la soledad del ambiente hacían propicia la conversación que no tardó en llegar.

Chacho, así se le conoce familiarmente, desde muy joven se dedicó a la pesca. Y aunque ejerce el oficio de albañil, aún se da tiempo los fines de semana para encontrarse con el mar, pero ahora con fines recreativos. Acompañado de sus hijos y uno que otro agregado, tiende su chinchorro por la tarde y el domingo por la mañana, si tiene suerte, hace recolección de peces medianos como los “cochitos”, “pericos”, “sierras” y “chopas”.

--Yo me inicié en la pesca—me aclaró—cuando tenía unos catorce años, aquí en esta bahía de La Ventana. Al principio acompañé a un viejo pescador que por su edad le fallaba la vista y no tenía muchas fuerzas para remar. Pero él me enseñó muchas

cosas del arte de pescar, desde tender las redes, conocer los sitios más apropiados, hasta aprender el método de matar los peces que utilizaríamos para carnada.

--Pero— le interrumpí para preguntarle:--¿era cuando mataban los animales utilizando la pólvora?

--Efectivamente— me respondió--. Cuando se vino el auge de la pesca del tiburón para aprovechar el aceite, a muchos de nosotros nos ayudaron para la captura, y para obtener la carnada necesaria nos proporcionaban barras de pólvora. Éramos muchos los pescadores y las cimbras que tenían cientos de anzuelos necesitaban carnadas hasta de medio kilo.

--Yo aprendí la técnica de usar la pólvora con el señor que casi no veía. Y fue obligado por las circunstancias, porque mientras yo remaba, él en la proa buscaba los cardúmenes para aventarles el "cuete". Pero como no miraba bien se le pasaban las manchas de animales. Hasta que un día me dijo:--Te voy a enseñar a tirar la pólvora porque ya no sirvo para eso.

--Así, todavía muchacho, aprendí una técnica que entrañaba graves riesgos, quedar inválido o perder la vida. Por principio las barras que proporcionaba el comprador del aceite, era para conseguir la carnada y se tenía control de ellas. Nosotros utilizábamos la pólvora de la siguiente manera: una barra la partíamos y las dos mitades las uníamos metiendo una piedrecilla plana entre ellas, amarrándolas con un trozo de cáñamo. Con mucho cuidado colocábamos el detonante en un extremo, junto con un pedazo de mecha de unos siete u ocho centímetros de largo. Parado en la proa, con un cigarro en la boca y en la mano el "cuete", al divisar el cardumen a unos cinco metros de distancia, prendía la mecha y en escasos segundos lo lanzaba. Cuando se había hundido unos tres metros explotaba y entonces se veían los peces que "volaban por los aires". Así nos hacíamos de carnada para nuestras cimbras.

--¿Y que pasaba con los animales mal heridos?

--Bueno— me contestó— los que no se comían los peces grandes iban a dar a la playa, donde varias personas se encargaban de capturarlos utilizando fisgas o varas gruesas de madera. Los

llamábamos “garroteros” y lo que recogían también servía para carnada.

--Afortunadamente, Chacho—le dije—esa matanza indiscriminada de peces ya pasó a la historia, y esperamos que no se vuelva a repetir. Ahora, con tu pequeño chichorro y tus recuerdos de pescador disfrutas tu estancia en esta hermosa bahía que ha sido sustento, durante siglos, de los pobladores que viven en la región.

SOLA Y CERCA DEL CIELO

A escasos treinta kilómetros del pueblo de El Pescadero, rumbo a la sierra de San Lázaro, se localiza un pequeño rancho llamado San Pedro de la Soledad.

Para llegar a esa comunidad, debido a las pésimas condiciones del terreno, se necesita un vehículo de doble tracción, decidido espíritu aventurero y nervios bien templados, sobre todo del que lleva el volante de la dirección del carro. Entre curvas cerradísimas, cuestas empinadas y precipicios de veinte a cincuenta metros o más, y a vuelta de rueda, se recorre la distancia, pasando por El Aguaje, San Lorenzo y San Gregorio, pequeñas rancherías enclavadas al pie de la sierra.

En esta época del año, bien vale la pena visitar esos lugares. Después de las lluvias la vegetación es abundante; a lo largo de las cañadas corren arroyos de aguas cristalinas y por entre los cantiles que forman los costados de la sierra se deslizan pequeñas cataratas provenientes de múltiples “ojos de agua” que inundan de frescura la región, dándole un atractivo inusitado a esta parte del sur de la península.

La región es ganadera por excelencia y sus habitantes pertenecen a los antiguos troncos familiares sudcalifornianos. Aunque en años pasados se construyó un camino de terracería que llegaba hasta el otro lado de la sierra, en la actualidad las lluvias y la falta de mantenimiento lo tiene en estado deplorable, al grado tal que como dijo un ranchero de por allá: “tan malo está que ya solo lo usamos como vereda para las bestias”

San Pedro de la Soledad, otrora una comunidad habitada por las familias, hoy se encuentra abandonada. Bueno, no del todo, por que la única persona que permanece ahí es una señora de avanzada edad, con problemas de salud y que tiene la esperanza de que alguno de sus hijos regrese, para que le ayude en las tareas propias del rancho.

--¿Y cómo le hace usted para mantenerse sin ayuda de nadie?—le preguntamos por curiosidad.

La anciana, vestida a la usanza de la región, falda y blusa ancha de colores, nos miró dubitativamente, un tanto desconfiada, y con voz cansada respondió:

--Hace unos días, del rancho de abajo me trajeron unas provisioncitas y con la leche que ordeño hago chopitos y con eso la voy pasando. Pero mi enfermedad no me deja y temo que un día de estos no me pueda levantar.

No obstante su preocupación, su cara no reflejaba angustia ni su actitud era suplicante. Acostumbrada durante años a esa forma especial de sobrevivir, seguramente consideraba que su condición era normal y así continuaría el tiempo que le quedara de vida.

Nosotros, visitantes quizá inoportunos, acostumbrados a las comodidades que ofrece la ciudad no aceptamos, de pronto, la situación crítica en la que vive esta viejecita en el rancho que bien justifica su nombre: San Pedro de la Soledad.

--¿Y pasan regularmente vehículos por aquí?—le insistimos.

--A cómo está el camino—nos responde en tono de guasa—sólo locos como ustedes se atreven a venir. Sí, hace como dos semanas pasó un carro que venía de La Cieneguita, pero no se detuvo. Por cierto que la familia que vivía allá—y con el índice nos señala una casa que se encuentra a una lado de la cañada—estaban esperando un “raite” para Todos Santos y desaprovecharon la oportunidad.

Sabíamos por referencias que el camino entronca con la carretera transpeninsular un poco al sur de San José del Cabo, y que el rancho aludido queda precisamente en lo más alto de la sierra de San Lázaro, desde donde se contemplan los dos mares que rodean a Baja California: el Golfo de California y el Océano Pacífico.

--¿Y que pasó con la familia, ya regresó?

Ahora sí la señora se entristece y con voz tenue nos explica:--
“No, no han regresado y creo que no lo harán. Se llevaron todas sus cosas y los animalitos que tenían los vendieron. Sólo quedaron los recuerdos y un perro flaco que vino a refugiarse conmigo.”

En efecto, desde el fondo de la cañada donde se encuentra el huerto de árboles de mango y de guayaba, se escuchan los ladridos del animal persiguiendo sin duda una sabandija.

--Y usted, ¿no piensa abandonar también este rancho?—le preguntamos.

La mirada de la viejecita se pierde en lo alto de los picos de la sierra; después recorre con sus ojos cansados el corral habitado por tres vacas que rumian pacientemente; nos contempla con esa sabiduría campirana que data de siglos y nos responde:

--No señores, yo de aquí no me muevo. Aquí nací y aquí moriré. Esperaré a que alguno de mis hijos vuelva del pueblo, y si no vuelve por que los trabajos del rancho ya no le interesan, pues que haga su vida por otro lado. De alguna manera la iré pasando, y de vez en cuando personas como ustedes me visitarán y con eso me sentiré contenta.

Caía la tarde y por sobre los picachos de la sierra se filtraban haces de luz tenue provenientes de un sol que agonizaba. Un frío taimado bajaba de las crestas húmedas acompañado de una espesa neblina que allí, en ese paraje solitario, semejaban un sudario de blancura inmaculada.

Por el camino de regreso a la ciudad, no dejamos de pensar en la ancianita que vive en el rancho de San Pedro de la Soledad. “Así son—nos dijimos—los nativos de esta tierra: estoicos y de extraordinario valor humano. Nos reconfortó la ilusión de que dentro de una semana o más, quien sabe, otros visitantes la encontrarán a la vera del camino, frente a su humilde hogar, con su pañuelo floreado cubriéndose la cabellera blanca, la sonrisa en los labios y su actitud hospitalaria, como es la costumbre ancestral del ranchero sudcaliforniano.

NO SEÑOR, SOLO TENEMOS CHORIZO DE ABULÓN

Hace unos días, con el licenciado Guadalupe Torres Sicarios, director del Archivo General del Estado, estuvimos recordando los años que vivimos en el Valle de Santo Domingo allá por los años cincuenta, y de cómo los primeros colonizadores sortearon múltiples dificultades a fin de hacer fructificar la tierra. La plática se inició cuando hizo alusión al libro que publiqué en el año 2000 al que titulé “Mis recuerdos del Valle de Santo Domingo, 1950-1956”, en el que hice referencia a las familias fundadoras de las primeras colonias procedentes de diversos Estados de la República.

Como ha sucedido con otras personas, el contenido del libro le interesó porque él, en el año de 1975, tuvo la oportunidad de recorrer toda esa región en su carácter de Delegado Municipal de Comondú del Registro Nacional de Electores. Pero no solamente la zona del valle conoció, si no también todo el municipio que comprendía pueblos tan alejados como La Purísima, San Isidro, San Juanico, el mismo Loreto y la parte serrana y costera, incluyendo San Luis Gonzaga y Agua Verde.

En ese año, recuerda Torres Sicarios, el presidente municipal era el contador Daniel Moska Masaka y el secretario general el profesor Emilio Maldonado Ramos quien, por cierto, les dio todas las facilidades para llevar a cabo su trabajo de credencialización de las personas con derecho a votar. Afortunadamente eran tiempos en que los recursos económicos del ayuntamiento eran suficientes y el apoyo de gasolina fue sin limitaciones.

De ese recorrido que hicieron por todo el municipio de Comondú, nuestro amigo guarda muy buenos recuerdos de su gente y de cómo ha podido sobreponerse a las adversas condiciones geográficas y desarrollar un estilo de vida adecuado al medio ambiente en que viven. De sus meses de estancia en la región, Torres me platicó algunas anécdotas relacionadas con sus preocupaciones por alimentarse, ya que la brigada la componían tres personas.

En uno de esos días de 1975 —relata— se dirigieron a la costa para embarcarse rumbo a Puerto Alcatraz localizado en la parte norte de la isla Margarita. En esa isla visitaron también Puerto Cortés, una

guarnición de la marina nacional. Me imagino las dificultades que tuvieron que sortear para llegar a ese lugar, sobre todo por lo agitado del mar entre la costa y el puerto. Como llegaron pasado el mediodía, lo primero que hicieron fue buscar quien les vendiera comida, y preguntando aquí y allá—Alcatraz era un pequeño puerto de pescadores—dieron con una señora que los atendió diciéndoles:--“Újule, señores, nosotros somos muy pobres y lo único que puedo ofrecerles es un poquito de café y chorizo de adulón”. Huelga comentar la respuesta.

Otro caso le sucedió cuando visitaron la comunidad de San Luis Gonzaga, el lugar donde el padre Juan Jacobo Baegert construyó la iglesia de la misión del mismo nombre en el año de 1751. Admirados por lo atractivo del lugar con sus edificios y la parroquia que todavía se conserva en buen estado, los visitantes dejaron correr el tiempo hasta que las tripas se les revolvieron de hambre, por lo que presurosos buscaron quien les diera de comer. En una modesta vivienda, cerca de la huerta del lugar, la dueña contestó a sus demandas:--“Me van a perdonar pues lo único que tengo son unos huevos de gallina. Ahora que se me aceptan una machaquita de venado, pues se las puedo preparar...” Como la respuesta fue afirmativa ¡vaya que si no!, la señora salió al patio donde tenía un tendido de carne oreada, tomó unos buenos trozos y con rapidez los colocó sobre las brasas del fogón. Después, con unas tortillas de harina recalentadas y unos pocillos llenos de café de “talega”, los hambrientos funcionarios disfrutaron de un banquete superior a los mejores restaurantes.

Pero donde si fue el colmo de las sorpresas fue en la comunidad de San Juanico, distante unos 40 kilómetros de la Purísima. Después de levantar el censo de las personas mayores de 18 años con derecho a tener su credencial de elector, y antes de continuar con su recorrido, Torres Sicairos se acercó al subdelegado municipal para preguntarle la posibilidad de que les pudieran vender un poco de abulón. --“Cómo no—les contestó la autoridad—acompañenme a ver al presidente de la cooperativa”

--“Oye, fulano, aquí estos señores que son funcionarios del gobierno del Estado quieren un poco de adulón, ¿se podrá? --“Claro que sí”- Y abriendo un cuarto frío lleno de adulón crudo, tomó una pala y rápidamente llenó una cubeta mediana, ante la sorpresa de los presentes. Cuando se la entregaron, lo único que acertó a decir Torres fue.—

“¿cuanto le debo?”. Y más se sorprendieron al escuchar la respuesta:--“Si traen unas cervezas me doy por bien servido. Los comentarios salen sobrando.

LOS RANCHOS SUDCALIFORNIANOS

I

Unos dos kilómetros más allá de San Juan de Los Planes, el camino se bifurca en tres ramales que llevan, el de la izquierda, a los poblados de Agua Amarga y San Pedro México y más adelante termina en el lugar conocido como Ensenada de Muertos. El del centro lleva a la sierra, baja a la costa y se une al camino que conduce al Cardonal y después a Los Barriles. El de la derecha, que también es una brecha, recorre varios lotes agrícolas y después se dirige a las partes bajas de la sierra que es donde se localizan varios ranchos ganaderos.

El primero de ellos se llama San Joaquín, cuyo propietario es el señor José Félix Amao Cota, descendiente de Manuel Amao quien fue Jefe Político interino del Territorio de la Baja California, en los años de 1857 y 1858. Don José es el único que atiende el rancho, aunque es un hombre cercano a los ochenta años de edad. Las mas de las veces dos de sus hijos que viven en ranchos cercanos se acercan a ayudarlo y para estar al tanto de sus necesidades.

Lo conocí por intermedio de un pariente que vive en La Pa, y me sorprendió su vitalidad y la manera optimista de enfrentarse a la vida campirana. Al inicio de mi plática con él me di cuenta que es un hombre instruido y de mucha experiencia.. Y me pegó en la pata de palo pues de buenas a primeras me habló de sus lecturas, novelas en su mayor parte, como Los Tres Mosqueteros, Los Miserables, El Conde de Montecristo y cosa curiosa, su inclinación por historietas como Rolando el Rabioso.

Padre de once hijos –su esposa se llama Joaquina – don José ha recorrido, como él dice, mucho mundo. Y hace mención del tiempo que estuvo en el Estado de Sinaloa trabajando en la construcción de caminos. Ahí conoció al general Juan Domínguez Cota, en ese entonces Jefe de la Zona del Pacífico. Fue por 1942, por que al año siguiente regresó al Territorio para hacerse cargo del rancho. En Mazatlán conoció también al ingeniero Sebastián Díaz Encinas, quien era jefe de una brigada de ingenieros.

Por los años pasados en la región, don Pepe, como es conocido familiarmente, conoce muy bien a los rancheros que viven en la región. De sus esfuerzos constantes por sostenerse económicamente y del arraigo a la tierra a pesar de sus vicisitudes. Pequeñas referencias y anécdotas que dan fe de la forma de vida de esas personas en las que van de la mano las alegrías y las tristezas, el estoicismo y la desesperación, las picardías y la ingenuidad pero, sobre todo, el trato cordial, franco y humano hacia los amigos que los visitan ya sean en tiempos de lluvia o de secas. Son amigos de las bromas y los chascarrillos pero sin llegar a la vulgaridad o al desmedro de su particular lenguaje. Por eso es criticable que grupos folclóricos como Los Huizapoles divulguen una imagen del rancho muy contrario a lo que son en realidad.

Y la anécdota es una de sus mejores cualidades cuando de avivar recuerdos se trata. Como aquella en la que participaron dos visitantes a quienes se les engañó con la llamada “mariguana de los pendejos”, por cierto muy abundante en las laderas de la sierra. O la efectividad de la planta de damiana que crece en las partes altas y se conoce por que sus hojas son de menor tamaño y de más penetrante olor. Y tantas otras que escuchamos por medio de la plática sabrosa de los rancheros de nuestra tierra.

Pero si desea pasar momentos realmente agradables mueva la plática a la cacería del venado. No los que pudieran matar ellos por necesidad, sino mas bien por los cazadores con permiso o furtivos, que se internan en la sierra sin tener la más mínima noción de los peligros que entraña y las habilidades de ese animal para protegerse del acoso de los depredadores humanos. Bien vale una visita a los ranchos sudcalifornianos por todo lo que guardan de tradiciones y costumbres características de Baja California Sur.

II

Platica Manuel Amao Trasviña, dueño del rancho San José del Rincón, que en una ocasión lo visitó Oscar O...con la intención de conocer la sierra bautizada como La Gata, que en esa región alcanza una regular altura y para escalarla se necesita buena condición física. Manuel, viendo la constitución corporal de su visitante, delgada y debilucha según pudo apreciar, le ofreció un caballo con

montura, no sin antes preguntarle si sabía de esos menesteres. Como la respuesta fue afirmativa, preparó el animal, Víctor subió a él e iniciaron la travesía hacia la sierra. Pero a los pocos minutos sus acompañantes se dieron cuenta que el jinete ignoraba los elementos de una buena monta, por que el caballo inició un trotecito alegre mientras que el que iba en sus lomos brincaba sobre la silla que era un contento. Y así recorrieron todo el trayecto de cinco kilómetros, sus amigos a pie y el estoico Víctor sobre el Zorro – así se llamaba el caballo – el que seguramente se regocijaba por llevar tan escaso peso encima de él.

Como es de comprender, se bajó del animal todo adolorido de las piernas y de las nalgas, con rosaduras en los muslos y con un cansancio mucho mayor que sus amigos. Omito repetir sus expresiones dirigidas al equino, a la sierra y a sus acompañantes, quienes a carcajada abierta se burlaban de sus tristes condiciones. Huelga decir que todo el tiempo que permanecieron en el lugar, el frustrado jinete estuvo recostado en un tronco de palo blanco mientras le dirigía miradas asesinas al inocente Zorro.

Por la tarde prepararon el regreso al rancho y, naturalmente, ofrecieron el caballo al amigo Víctor. Éste, aguantando las pullas de sus compañeros, entre ellos el propio Manuel contestó airado:--“¡Me monto pura m..., prefiero caminar aunque llegue hasta mañana! Pero como la bestia había que aprovecharla, un primo del rancho llamado Heriberto montó sobre ella, iniciando así el descenso de la sierra. El primo es un hombre grueso, de unos cien kilos de peso y es un jinete consumado. Fue por eso que el animal, después de forcejear un rato, agarró un paso adecuado para no molestar al que lo montaba.

A pco andar, y creyendo que debido al peso el caballo iba despacio, Víctor se acercó a él y con voz burlona le gritó:--“¡Ahora si cabrón, trotéyale como lo hiciste conmigo! De seguro que las carcajadas inundaron las cañadas y se repitieron por toda la sierra y, para los rancheros de esa región, es una de tantas anécdotas que repiten de boca en boca, sobre todo en estas noches frías de invierno, alrededor de una fogata, con un buen tarro de café de talega y los imprescindibles cigarrillos.

III

Manuel Amao es un ranchero que atiende el lugar conocido como San José del Rincón, al pie de la sierra de La Gata, unos diez kilómetros más arriba del rancho San Joaquín. Es un hombre delgado, de unos cuarenta años de edad, barba cerrada y mirada inteligente. Locuaz, posee una forma divertida de platicar sobre todo cuando se trata de narrar pasajes de su vida en el campo. Vive sólo y se maña para atender el ganado de su propiedad, cuidar de dos marranos y alimentar a unas cuantas gallinas con su respectivo gallo.

El rancho es relativamente nuevo y por eso carece de árboles frutales y de sombra. Lo que está justificado ya que el agua – siempre el agua – tiene que traerla de un pozo que se encuentra a tres kilómetros de distancia, por medio de una manguera de polietileno. No es cosa fácil viajar los mas de los días para encender el motor que impulsa el líquido hacia las pilas construidas en ese lugar, aunque esa extenuante labor forma parte de muchos de los ranchos que existen en esa región.

Un día de diciembre del año pasado, mi amigo Heriberto Soto Amao me invitó a conocer San José del Rincón y al hombre que lo habita. Tenía mis reticencias por el frío que hace en esa región y porque había que dormir en el vehículo que nos condujo allá. Fue por eso que Manuel me ofreció su cama ya que él dormiría en el corredor justificándose por tener “el cuero duro”. Desde luego que dormí pocas horas, no tanto por el frío sino por que hasta la medianoche estuvimos escuchando anécdotas, rumores, confesiones y hasta pecados que se cometen en la vida cotidiana, sazonadas con chascarrillos de subido color. Y

como disculpa unos sabrosos tacos de carne de venado y unos estimulantes tragos de tequila.

--Oye, Manuel. ¿ y cuándo matan un venado y no lo pueden traer, dónde lo dejan? Mi pregunta nació después de observar los altos picachos de la sierra a los que hay que subir para buscar los huidizos animales.-- Manuel, nos han platicado que te cornó un venado pero lograste matarlo. ¿Cómo fue eso?

Conforme pasaban las horas la noche se iba enfriando más y más y se reflejaba en nuestras narices y en el frotar constante de las manos. Quizá fue por eso que nuestro amigo cortó por lo sano diciendo:--“Esa aventura que casi me cuesta la vida apareció en el periódico El Sudacliforniano unos días después. Tú que vives en La Paz encontrarás fácilmente la información- Y dicho lo anterior se llevó a los labios la taza llena de aromático café de talega.

ISIDRO JORDÁN Y LA LUNA

No, no es que Isidro sea un admirador de la luna o le guste recordar aquellos versos del poeta chiapaneco Jaime Sabines que dicen: “La luna se puede tomar a cucharadas o como una cápsula cada dos horas...”. No, lo que relaciona a Isidro son los viajes de los astronautas a ese satélite de la tierra, sobre todo el primero ocurrido en el mes de julio de 1969

Pero hagamos un poco de historia: En la región cercana a la costa que abarca desde el kilómetro 37 al 80 de la carretera transpeninsular al norte de la entidad, se localizan varios ranchos ganaderos y tres ejidos conocidos como Conquista Agraria y Reforma Agraria uno y dos. Un poco antes se encuentra el rancho “El Chivato” propiedad desde hace muchos años de nuestro amigo Isidro.

Durante ese tiempo su propietario ha luchado por conservarlo pese a las dificultades de un clima semidesértico, la falta de comunicaciones y, sobre todo, la escasez de agua. Dotado de un pozo abierto lograban satisfacer en parte la sed de los animales, turnándose para extraer el agua utilizando una manivela adaptada al brocal del pozo. Era un faena agotadora a la que había que sumar las levantadas de madrugada a fin de atender la ordeña, elaborar el queso y llevar a pastar al ganado. Aunque claro, estaban acostumbrados, pues esa es la vida de los rancheros.

Por otra parte, las sequías eran el vía crucis de los habitantes de la zona rural por lo que en muchas ocasiones tenían que resignarse a ver morir a sus reses por falta de alimento y la falta de agua. Aún así, permanecían aferrados a sus lugares, esperanzados en la llegada de las buenas épocas de lluvia las cuales, junto con el pasto, harían posible la supervivencia de su ganado.

Todo esto lo vivió Isidro hasta que optó por una solución: perforar un pozo profundo capaz de surtir de agua para sus animales y también utilizarla para la siembra de forrajes. Y como nunca ha sido un hombre timorato, gestionó la autorización y contrató una máquina perforadora que de inmediato comenzó los trabajos. Era el año de 1969.

Hace un poco mas de 45 años Estados Unidos y Rusia, por medio de su avanzada tecnología, iniciaron una cerrada competencia como miras de llegar y conquistar el espacio y cuya meta inicial era la luna. En 1959, la sonda soviética Sonda 1 se estrelló en el satélite y poco después las Sondas 2 y 3 lograron tomar cientos de fotografías del lado desconocido de la luna. En 1961, Yuri Gagarin fue el primer hombre que llegó al espacio. En respuesta, el presidente Kennedy aseguró que su país sería el primero en poner a un hombre en la superficie lunar. Y así fue en efecto: en el año de 1969, el 20 de julio, Neil Amstrong y Buzz Aldrin fueron los primeros astronautas en pisar la corteza de ese satélite.

Ese mismo día por la tarde, Isidro se encontraba parado cerca del lugar donde se perforaba el pozo, cuando el responsable del trabajo le preguntó:--“Señor, ya llevamos cien metros y no encontramos agua, ¿Qué hacemos?- Para Isidro era una decisión difícil de tomar, pero llevado de una corazonada, le contestó: -“Ustedes síganle más abajo-. Y dicho esto se retiró ya que debía regresar a La Paz en busca de forraje para las reses.

Al anochecer, en el rancho del capitán Castañeda – uno de los pocos lugares donde se veía la televisión – Isidro escuchaba las sorprendentes noticias de que dos norteamericanos habían llegado a la luna. Más tarde, cuando regresó a su casa lo esperaba el perforista, quien al verlo le dijo jubilosamente: ¡La encontramos, don Isidro, la encontramos!-Al mismo tiempo que le mostraba un garrafón lleno de agua.

Hoy, quien visita el rancho de “El Chivato”, encontrará a la entrada una placa que dice: “El agua de este pozo se encontró el 20 de julio de 1969, fecha en que el hombre pisó por primera vez la superficie lunar”

LAS LÁGRIMAS DE AMALIA HERNÁNDEZ

En el verano de 1976, invitada por el licenciado Ángel César Mendoza Arámburo en ese entonces gobernador de nuestra entidad, vino a esta ciudad de La Paz la directora del Ballet Folklórico de México, Amalia Hernández. Para los que conocían su trayectoria en la danza mexicana, su visita fue un acontecimiento, más aún por que dio a conocer sus intenciones de incluir en el repertorio de su ballet los bailables regionales como “El Chaverán”, “La Suegra”, “El Apasionado” y “Las Calabazas”.

Su atento anfitrión la acompañó a los sitios más interesantes de nuestra capital y fue en el malecón, donde extasiada por la belleza de nuestra bahía, sugirió la construcción en este lugar de un teatro al aire libre en forma de caracol.—“Y en él—dijo al gobernante—el Ballet Folklórico bailará en un escenario natural como hay pocos en el mundo”.—Por supuesto la sugerencia quedó flotando en el aire, ya que una obra de esta naturaleza estaba fuera del raquíico presupuesto de ese entonces.

Días después, acompañada de Alfredo Fisher, su esposa la maestra Rufina Melgar y su hija Lupita, viajó a la población de Todos Santos a fin de visitar la Casa de la Cultura y saludar al profesor Néstor Agúndez, de quien tenía referencias gracias a la correspondencia epistolar. Con avidez intelectual supo de la historia de este hermoso pueblo y de cómo las artes entre ellas la danza, se practicaban entre niños y jóvenes. Recorrió parte del pueblo siempre acompañado de Néstor, y por la tarde la llevó a la orilla del mar donde, resguardada por frondosos palmares, contempló la inmensidad del Océano Pacífico.

Refiriéndose a esa visita dice el profesor Agúndez:--“Pero por debajo de su alegría yo notaba que algo le preocupaba porque de momentos se quedaba callada y un velo de tristeza cubría sus ojos. Repuesta, continuaba la plática haciendo referencia al orgullo que sentía por dirigir un ballet que había llevado el folklore mexicano a sesenta países y a cerca de 300 ciudades de todo el mundo. Y, de pronto, volvía a su mutismo, como si algo doloroso la estuviera molestando. Al fin, y tratando de no pecar de indiscreto, le pregunté la causa de su desasosiego. No lo hubiera hecho, pues las lágrimas fluyeron de sus ojos

y con palabras impregnadas de indignación, pero también de impotencia, me confesó:

--Vine a La Paz con la intención de llevarme las danzas de esta región para incluirlas en el repertorio del Ballet Folklórico de México, tal como lo he venido haciendo con las demás entidades de la República, incluso me había propuesto componer la coreografía de otra danza relacionada con los pizcadores de algodón del Valle de Santo Domingo, al igual como usted lo hizo con los cañeros de esta región. La idea era buena y así le pareció al gobernador Mendoza Arámburo, quien me ofreció las facilidades del caso. Pero un periódico de La Paz, no recuerdo el nombre, habló mal de mí diciendo que quería apropiarme de la música y los bailables de esta tierra, siendo que mi única intención es que fueran conocidos no sólo en México, sino en todo el mundo. La acusación me dolió mucho y ahora ese proyecto va a quedar pendiente..."

--Y diciendo lo anterior—continúa Néstor—las lágrimas nublaron nuevamente sus ojos e impotente se recostó en mi hombro. Ante la injusticia cometida con esa extraordinaria artista mexicana, sentí que mis ojos se humedecían no tanto por compartir su pena, sino mas bien por la incomprensión de algunas personas que no alcanzan a valorar el daño que hacen.

Ya va para 28 años de ese suceso y las danzas de Baja California Sur son quizá las únicas que no aparecen en el repertorio del Ballet de Amalia Hernández. Platica Néstor que en esa visita, Amalia le ofreció regalarle cien trajes regionales con la condición de que mandara por ellos a la ciudad de México. La oferta era extraordinaria, pero lamentablemente nunca pudo mandar por ellos ya que era necesario el apoyo del gobierno del Estado. Se perdió esa oportunidad, como se han perdido otras por culpa de la indiferencia humana.

Lo bueno de la visita de Amalia Hernández es que aquí le quedó una eterna admiradora la cual, después de tantos años transcurridos, aún la recuerda como lo que fue: una gran artista mexicana. ¿Verdad, Lupita?

EL "GÜERO" DEL RANCHO LAS CANOAS

Félix Ortega Avilés es un viejo conocido de nuestra familia que tiene un ranchito cerca del poblado de El Rosario, mas conocido como Las Gallinas. Hace unos días llegó a la casa para invitarnos a conocer el rancho de Los Dos Hermanos, que se localiza en las faldas de la sierra de las Cacachilas, por el rumbo de La Ventana y El Sargento.

Ante nuestra mirada de interrogación nos explicó: --"Es que en estos días estoy cuidando ese rancho que es propiedad de un compadre mío que vive aquí en La Paz. Si quieren ir no tiene pierde para llegar; bajando la cuesta antes de llegar a Los Planes, se aparta un camino a la izquierda; por ahí se van derecho y ya cerca de un arroyo tuercen rumbo a la sierra y van a llegar al lugar..."

--"Está fácil murmuramos".- Y es por eso que le prometimos visitarlo el siguiente domingo. Por las dudas llevamos una buena dotación de agua potable, alimentos y, de manera particular, mi cámara fotográfica, mi grabadora y la libreta de apuntes. Tenía interés en conocer esa región del municipio de La Paz, y más aún porque cerca de ahí se encuentra el rancho de Las Canoas, lugar al que tenía el firme propósito de visitar.

--"De seguro—pensé—habrá mucho que escribir de esa comunidad rural donde nacieron los hijos de la familia Rieke Avilés, en especial de Antonio que fuera conocido como "El Güero de Las Canoas"

La primera sorpresa que nos llevamos al llegar al rancho Los Dos Hermanos—su dueño es César Avilés, mejor conocido como el "Oso"—fue la existencia de una casa de material con un amplio corredor, árboles de sombra, un pequeño huerto y lo mas extraordinario, dos pilas llenas de agua utilizada para las necesidades mas elementales. Desde luego, eso nos obligó a preguntarle a Félix de dónde provenía ese líquido, ya que como dijimos ese lugar se encuentra en las estribaciones de la sierra..

Tanto César como Félix nos explicaron que a 500 metros más arriba, entre las rocas, está un pequeño, pequeñísimo venero y lo único

que hicieron fue entubar el agua y dejar que llegara por gravedad al rancho. Me dieron ganas de subir a esa parte de la sierra, pero mi edad y la temperatura de 39 grados, me hicieron desistir de mi idea y de mi curiosidad.

A cambio externé los deseos de conocer el rancho de Las Canoas”, pero me explicaron que hacía tiempo el camino estaba cortado y solo se podía llegar a pie. --“Y qué tan lejos queda de aquí” -- pregunté. Y al modo ladino de los rancheros, Félix me respondió:--“Allí nomás tras la lomita” -- Pero yo conociendo como se las gastan insistí, y entonces me aclaró que tendría que caminar unos cinco kilómetros.

--Pero si quiere llegar en carro regrésese hasta el entronque, siga derecho y después suba por el cauce del arroyo. Al final tendrá que caminar un medio kilómetro hasta llegar a Las Canoas. --Y después con su socarronería habitual, remató:--“ si se agota puede descansar a la sombra de un zalate, al cabo que hay muchos y muy grandes...”

Lo anterior me hizo recordar la anécdota del “ Güero”, cuando descansando bajo una higuera silvestre, el general Agustín Olachea le preguntó:--“Oye, Güero, ¿qué árbol es este? --“Me da miedo decírselo, mi general” --Y entonces el militar sacando la pistola le apuntó a la cabeza y le volvió a preguntar:--“Y ahora, Güero, como se llama” --Y con el ingenio que lo caracterizaba le contestó:--“Ahora me da más miedo, mi general...”

Después de todo no llegamos a Las Canoas. Ya era tarde y el temor hacia un camino desconocido nos hicieron dejar pendiente la visita para otra ocasión. Pero, además, porque supimos que el rancho está deshabitado, ya que sus últimos habitantes o murieron o se fueron a vivir a otras comunidades cercanas como El Sargento. Habrá oportunidad de escribir algunas crónicas sobre Las Canoas y la familia Rieke Avilés.

II

En la comunidad de El Sargento localicé al señor Alejandro Rieke Avilés, hijo de Antonio, más conocido como “El Güero de Las Canoas”. Él y sus hermanas María y Carmen tienen ya varios años que abandonaron el rancho donde nacieron, a raíz de la muerte de su padre, y porque los trabajos de minería se suspendieron hace mucho tiempo.

Alejandro tiene ahora 63 años de edad y posee toda la pinta de un ranchero sudcaliforniano: alto, delgado, de tez blanca, de cara afilada y un poco encorvado; divide su tiempo trabajando en la gasolinera del lugar y cuidando la finca de un extranjero. Cuando le platiqué mis deseos de conocer el rancho de Las Canoas, de inmediato se ofreció a acompañarme, no sin antes aclararme que tendríamos que caminar unos 500 metros, ya que los vehículos no llegaban hasta allá.

Fue por eso que el martes pasado, acompañado de mi esposa y mi nieto Vidal Arturo, llegamos temprano a El Sargento, donde ya nos esperaba Alejandro y la señora que vive con él, de nombre María de la Luz Flores. La brecha que seguimos nos llevó al arroyo de Las Canoas, y después por el cauce del mismo recorrimos unos cinco kilómetros hasta donde termina el camino. De allí, rodeando grandes piedras y por una vereda apenas visible hicimos el recorrido hasta llegar al rancho.

En efecto, en el lugar solo quedan ruinas de las casas y los vestigios de las construcciones donde se beneficiaba el oro y la plata. Aquí y allá se encuentran los restos de la maquinaria y las pilas – varias de ellas – que guardaban el agua para los trabajos mineros. En la parte opuesta, cruzando el cauce del arroyo, tenía su casa Alejandro, pero ahora solo algunas de las paredes permanecen en pie. Más arriba, a unos 300 metros sobre el arroyo, existe un pequeño venero con agua permanente que era conducida hasta el rancho por tuberías y por medio de la fuerza de gravedad. Gracias a la humedad, al lado del venero crecieron dos hermosos árboles de mango y varias palmas datileras.

Y es todo lo que queda de “Las Canoas”, antes llamado el rancho de La Virgen Abandonada, vaya usted a saber por qué. Pero hace cincuenta años, bajo la administración del ingeniero Sebastián Díaz Encinas, en este lugar se beneficiaba el oro y la plata, explotando varias minas de sus alrededores, entre ellas “La Guayparina” y “La Sonia”, nombre este último en honor de una hija del ingeniero. Cuando murió Sebastián, en 1991, los trabajos se suspendieron y la familia del Güero” se fue para varios rumbos.

Hoy, en la cuesta con rumbo a San Juan de Los Planes, a la altura del rancho Dos Hermanos, se puede ver un letrero en que se oferta el rancho de Las Canoas. Es probable que cualquiera que sea el comprador, vaya a tener la intención de restaurarlo a fin de convertirlo

en una finca de descanso, o bien adecuarlo como rancho ganadero aprovechando la abundancia de plantas forrajeras y el agua de esa región. Lo malo es que a lo mejor limitan el acceso a ese lugar, el cual tiene historias dignas de contarse, como la siguiente:

El pozo de agua donde se surtían para los trabajos quedaba lejos, en las laderas de la sierra. En una ocasión, un trabajador fue por agua llevando dos latas mantequeras. Iba distraído y por eso, al llegar a un recodo del camino, se topó de pronto con un león que lo miró con ojos de tener hambre. Por supuesto, el asustado sujeto tiró las latas y regresó despavorido al rancho, adonde llegó con un solo huarache. Al enterarse del percance, los trabajadores—cinco de ellos—organizaron una batida llevando un rifle 22, tres machetes y una pala. Iban confiados en que matarían a la fiera, mientras escuchaban los pormenores del suceso contados por el protagonista del mismo.

Al llegar al lugar del encuentro, de pronto exclamó:--“ Y para que no digan que es mentira allí está, arriba de ese árbol de zalate...No lo hubiera dicho, al momento se hizo la desbandada olvidando rifle, machetes y la pala, por lo que no alcanzaron a escuchar las últimas palabras de su frase que eran:--“ está el huarache que se me perdió...”

III

Existe un paralelismo histórico entre lugares y personas originado por acciones que éstas han realizado en alguna época de su vida, y que los identifica con las comunidades en las que hicieron sentir su influencia. Así, no podemos hablar de la historia de la ciudad de La Paz sin referirnos a su fundador, el conquistador Hernán Cortés. De igual manera identificamos a San José del Cabo con José Antonio Mijares; a Cabo San Lucas con Ildefonso Green; a Santa Rosalía con Manuel F. Montoya y el valle de Santo Domingo con el general Agustín Olachea Avilés.

Muchas veces el prestigio, la fama o el ingenio de las personas permiten que algunos lugares sean más conocidos que otros, como es el caso de Todos Santos con la inigualable “Cachana”, la comunidad de San José de Gracia con don Nemesio Murillo, padre de distinguidos profesionistas; y el rancho Las Canoas con su singular personaje conocido como el “Güero de Las Canoas”.

En dos crónicas anteriores hice alusión a este rancho enclavado en la sierra del mismo nombre, y de Antonio Rieke Avilés quien nació y vivió la mayor parte de su vida en ese lugar. Hijo de Eduardo Rieke Richard de origen alemán y de Fructuosa Avilés. El güero tuvo seis hermanos que fueron Guillermo, Eduardo, Enrique, Manuel, Herminia y María. Un amigo que lo conoció dice que “era güero colorado, de estatura mediana, flaco y de cabello alazán”. Acostumbrado a las duras tareas del trabajo en las minas y el cuidado del ganado, Antonio fue el brazo derecho de su padre y como tal era el gestor de los asuntos familiares en la ciudad de La Paz.

Hace 40 años, el profesor Jesús Castro Agúndez, en su libro “Más allá del Bermejo” dijo de él: “Si fuera mi intención hacer un análisis de su personalidad, diría que el “Güero de Las Canoas” es un bajacaliforniano a carta cabal, de esos que crecen a golpes como las vejigas y por este procedimiento aprenden que la vida es una lucha continua del hombre con el hombre mismo, las inclemencias del medio físico, las enfermedades y la permanente amenaza de miseria...”

La particularidad de Antonio era su ingenio, la agudeza mental para hacer frente a las circunstancias, las cuales resolvía muy a su modo. Cuentan que en una ocasión llevó a bautizar a una de sus hijas que ya tenía seis años. Al reprocharle el sacerdote el por qué no había aprovechado la presencia en su rancho de una “Misión cristiana” para bautizarla, el Güero le respondió;--“Újule, Padre, donde vivo no llegan las misiones, ¡ Ni las vitas llegan! (hacía alusión a dos refrescos embotellados de esa época.)

La figura del Güero era conocida en La Paz, más en esos años de 1940 y 1950 en que la población era reducida y casi todos tenían relaciones de amistad. Los asuntos por lo general se atendían y se arreglaban en la ciudad y es por eso que Antonio la visitaba regularmente acudiendo a la Delegación de Gobierno. La anécdota sucedida entre él y Alberto Alvarado Arambúro no tiene desperdicio: Un día se presentó en la Delegación a solicitar para matar una “resecita”. Concedido, el “Güero” regresó a Las Canoas y poco después el dueño de un rancho cercano al suyo se quejó por que Antonio le había matado un novillo de su propiedad. Citado a la Delegación, Alberto lo reprendió por ese acto de abigeato, a lo que el inculpado le respondió;--“Pero, señor Delegado, usted me dio permiso” --“Si, Güero, pero era un

permiso para matar una res de tu propiedad” –A lo que éste le contestó:--“Me, puchi, para matar una vaca de mi propiedad no necesito permiso de nadie, porque sobre lo mío yo mando...”. Y no lo sacaron de ahí.

Nuestro pueblo ha endilgado muchas anécdotas a su nombre. Ciertas o no, su figura y el mote que le adjudicaron pertenece ahora a la historia particular de Baja California Sur, como lo son “El Conono”, “Obregón Perla”, “Panza de León” y otros más, que llevan tras de sí el signo de la originalidad y el ingenio. Antonio Rieke Avilés ha tiempo que murió, pero mientras se repitan sus hechos y dichos, tendrá que pasar mucho tiempo para que se olvide. ¿Será?

RECORDANDO A FERNANDO JORDÁN

Emilio Arce en su libro “El Corral Viejo” recuerda a dos escritores que quisieron mucho a la Baja California, el profesor José María Garma González y Fernando Jordán. Los dos están unidos por el poema que escribió el segundo de ellos y que se conoce con el nombre de “Calafia”, mismo que mereció el premio de los Juegos Florales de La Paz, en el año de 1955. En contraposición al contenido de ese poema, Garma González compuso otro al que tituló “No te ofrezco la tierra”, en el que defiende la actitud de los habitantes de la península oponiéndose a la llegada de los conquistadores españoles.

A Jordán se le recuerda como uno de los mejores periodistas de las décadas de los cuarenta y cincuenta del siglo pasado y por haber escrito tres libros referentes a Baja California uno de los cuales, “El Otro México” dio a conocer esta región al resto del país. Los otros dos, “Tierra Incógnita” y “El mar Roxo de Cortés” complementan la trilogía de obras de este escritor que recorrió la península de cabo a cabo. Muerto trágicamente el 14 de mayo de 1956, sus restos mortales descansan en el panteón de los Sanjuaneros de esta ciudad de La Paz.

Cuando Jordán estaba reuniendo el material para sus libros recorrió la península desde Mexicali, Tijuana y Ensenada hasta llegar a La Paz. Y de cada lugar escribió que enviaba a la revista Impacto de la ciudad de México. Así, el público lector mexicano conoció las características de las personas y los pueblos como San Ignacio, Mulegé, Loreto y Comondú. Y fue en esta última población donde tuvo lugar un suceso que el profesor Mario Verdugo Cota tuvo a bien contarme.

Fernando relata como llegó a los Comondú—San Miguel y San José—y sorprendido por su belleza y la prodigalidad de sus huertas no dudó en llamar a ese lugar la Shangri-La mexicana. Dice textualmente Jordán:—“Además del vino, el baile es un escape a la monotonía y se organizan fiestas a menudo...Y como en todo, el mismo ritmo de la vida diaria, los bailes parecen desarrollarse en épocas pasadas...”

Y bien supo por que lo dijo. Resulta que Fernando, extasiado por la belleza del lugar—naturales y humanos--, se quedó varios días en los

Comondú, tiempo que aprovechó para conocer a las familias, reunir datos y empinar el codo con el sabroso vino de uva que ahí se produce, así como tomar fotografías, varias de ellas por no decir la mayoría, de las hermosas muchachas del lugar como Angelita Rodríguez Verdugo, Velia Aguiar Gómez y Judith Pérpuli Monarquis. En dos de sus libros vienen fotografías de estas lindas comundeñas. Dicen las malas lenguas que Jordán era muy enamorado y en este caso no fue la excepción.

En los días de su permanencia en el pueblo se organizó un baile y él fue el invitado de honor dada su calidad de periodista famoso. Todo acicalado se presentó al fandango, pues ya le tenía echado el ojo a una de las damitas de buen porte y singular belleza de nombre Consuelo Olachea Smith. Al acecho, tan pronto como llegó la aludida la invitó a bailar al son de melodiosos boleros de aquel tiempo. Y claro, como se acostumbraba entonces, se danzaba acurrucaditos y de cachetito...Lo que no sabía Fernando es que la hermosa doncella tenía novio, que era nada menos que el maestro del lugar, el mismo relator de la anécdota.

Cuando Mario llegó al lugar del jolgorio, con su pelo debidamente envaselinado con glostora y oliendo a loción Varón Dandy, divisó a su novia muy acaramelada con el escritor. Como era de pocas pulgas, corto se le hizo el tramo para llegar donde estaban bailando Fernando y Consuelo. Y sin decir "agua va" los separó dándole un fuerte empujón al don Juan fuereño, al mismo tiempo que le decía: "Hazte a un lado que esta potranca tiene dueño". Por supuesto, Jordán que no era dejado, insistió en retenerla sujetándola de un brazo, a la par que le respondía: "Tú no tienes derecho de propiedad, ella es libre de hacer lo que quiera..."

El forcejeo continuó y llegó el momento en que Mario se preparó para propinarle un puñetazo al famoso escritor, cuando de manera oportuna los concurrentes al baile los separaron. Llegaron las aclaraciones y la fiesta quedó en paz. Al fin de cuentas el romance de Mario y Consuelo no prosperó debido a la férrea oposición de los familiares de la novia. Pero esta es otra historia pendiente de contarse.

LEYENDAS

EL LAGO SAGRADO DE LOS GUAYCURAS

En la cordillera que recorre a lo largo la parte sur del Estado de Baja California Sur se encuentran dos sierras que reciben el nombre de La Laguna y San Lázaro. La primera localizada frente a los pueblos de Todos Santos y El Pescadero; la segunda a un lado de la ciudad de San José del Cabo.

Por sus especiales características, la sierra de La Laguna dio origen a la siguiente leyenda:

“ El padre jesuita Juan Jacobo Baegert, quien estuvo 17 años como encargado de la Misión de San Luis Gonzaga, escribió en 1772 su libro “Noticias de la Península Americana de California”, en el que describe las formas de vida de los grupos tribales de esa región, sus características raciales y las condiciones geográficas de esa amplia zona central de Baja California Sur.

Respecto a esto último, Baegert dice, entre otras cosas: “En California hay que temer todo menos ahogarse en agua, y por otro lado si es fácil morir de sed...” No lo habría dicho si hubiera tenido la oportunidad de conocer el sur de la península, particularmente la región de la sierra de La Laguna, donde la tribu de los Guaycuras tenían su lago sagrado.

Hace muchos años, antes de la llegada de los españoles a California, existían varias tribus indígenas que habitaban diversas regiones, entre ellas los Cochimíes, los Huchitiés, los Coras, los Aripas, los Guaycuras y los Pericúes. Los Guaycuras que eran los más numerosos, tenían sus lugares para vivir en la región que comprende lo que hoy es el municipio de La Paz, desde el poblado de Santa Rita, al norte, hasta las comunidades de Los Barriles y Todos Santos, al sur.

Cada año, en los meses de agosto y septiembre los Guaycuras, acompañados de sus familias, especialmente de los hijos recién nacidos, iniciaban un largo recorrido para llegar a la cima de la sierra de La Laguna donde tenía lugar la ceremonia en honor a Guaymongo, su dios hacedor de los cielos, la tierra y el mar.

Por diversos rumbos llegaban los grupos indígenas al lago sagrado rodeado de altos y hermosos árboles propios de las zonas montañosas. Por empinadas laderas y senderos peligrosos, los hombres, las mujeres y los niños subían lentamente mientras que las aves canoras alegraban con sus trinos los hermosos paisajes que se contemplan en la parte alta de la sierra.

Al llegar a su destino, las familias se aposentaban alrededor de la laguna, contemplando con admiración la quieta y límpida superficie líquida que allí, en medio de frondosos encinos y pinabetos, se ofrecía como un paraíso para los agobios de los visitantes.

Horas después, repuestos de las fatigas de viaje, iniciaban las ceremonias en honor de Guaymongo, acompañadas de cánticos y bailables dirigidos por el Guama, el hechicero de la tribu. Al final de los actos rituales, las madres bañaban a sus hijos en la laguna como ofrenda a su dios y para que nunca dejaran de venerar y cuidar ese lugar, tan arraigado en sus costumbres y creencias.

Al cabo de cinco días de convivencia, los indígenas iniciaban el descenso, para retornar a sus actividades cotidianas que consistían en la recolección de frutas, la cacería y la pesca. Pero muy adentro de su corazón llevaban el recuerdo de su lago sagrado que allá, en lo alto de la sierra, los esperaba cada año para ofrecerles nuevos impulsos que les permitieran vivir en esta tierra inhóspita, árida y de clima extremo, donde el agua era el don máspreciado que su dios les había regalado.

Cuentan que durante los años de las exploraciones españolas, y aún en los años de la conquista espiritual por los misioneros jesuitas, los indígenas continuaron con sus procesiones al lago hasta que, descubierto su lugar sagrado, ellos mismos abrieron canales para desecarlo, y evitar así que otros ojos contemplaran lo que por siglos había sido el centro ceremonial más importante de los californios”.

EL TESORO DE SAN BRUNO

A unos veinte kilómetros de Loreto, por la carretera al norte, se aparta un camino que llega a la costa donde, en lo alto de un pequeño cerro, se localizan los antiguos restos de la Misión de San Bruno fundada en 1683 por el padre jesuita Eusebio Francisco Kino y el almirante Isidro de Atondo y Antillón.

La conseja popular ha hecho creer que ahí se encuentra un valioso tesoro dejado por los españoles cuando en 1685 abandonaron el lugar. Debido a ello, en los alrededores de ese sitio se encuentran muchas excavaciones efectuadas por gambusinos cholleros y uno que otro gringo despistado.

Lo cierto es que la leyenda del tesoro proviene del dueño de un rancho llamado San Juan Londó cuyo nombre era Estanislao de la Toba. A mediados del siglo XIX el rancho era uno de los más ricos de la región pues contaba con miles de cabezas de ganado muchas de las cuales vendía regularmente.

En ese tiempo las compras se hacían con monedas de oro y plata y como no había bancos ocultaban su dinero como mejor podían. Don Estanislao no era la excepción; en una mesa grande, como de dos metros de largo, colocada en el cuarto donde dormía y cada vez que vendía parte de su ganado, iba colocando el dinero en pilas de diez en diez hasta que llenaba toda la superficie de la mesa. Ahí permanecía varios días bajo el ojo vigilante del ranchero hasta que de pronto, sin saberse cómo, las monedas cambiaban de lugar.

En un ocasión uno de sus caporales, el de mas confianza, llegó a Loreto y ordenó al carpintero del lugar le construyera dos barriles con duelas de mezquite, un poco más grandes que los tibores de 200 litros que se usan para la gasolina. –“Y les pone unos cinchos de fierro y tapadera gruesa de madera” –le indicó el enviado de don Tani. Al cabo de varios días regresó por ellos, dando la explicación que los querían para guardar agua en ellos.

Lo extraño es que los dos barriles nadie los volvió a ver. Se cree que una noche sin luna, don Estanislao y su hombre de confianza trasladaron el tesoro a las orillas del arroyo de San Juan que pasaba cerca del rancho y ahí, entre piedras y ramajes, lo enterraron.

Loas años pasaron y tanto el dueño del lugar como su amigo murieron casi al mismo tiempo llevándose el secreto a sus tumbas. Ni sus hijos ni los demás parientes supieron jamás donde estaba enterrado el tesoro.

En una ocasión dos vecinos de Loreto se animaron a buscar el dinero escondido y armados de un aparato magnético, picos, palas y un poco de miedo se dirigieron al arroyo de San Juan. A poco de explorar, la aguja imantada señaló el lugar preciso por lo que de inmediato procedieron a excavar abriendo un hoyo de regulares dimensiones. A metro y medio de profundidad encontraron los cinchos enmohecidos de uno de los barriles, además de algunas duelas. -“¡ Aquí está el tesoro!— exclamaron llenos de alegría y continuaron con mayores bríos ampliando el agujero.

Pero no encontraron nada, sólo piedras y arena, pero del tesoro ni una mísera moneda. Platican que en la casa de uno de los frustrados millonarios, en un rincón del cobertizo están las duelas encontradas, como mudos testigos de que el tesoro de don Estanislao de la Toba si existió.

LA PIEDRA LARGA

)

Por el camino que atraviesa la sierra de las Cacachilas y que une la carretera transpeninsular con el que llega al valle de Los Planes, pasando por ranchos como Los Divisaderos, Las Calabazas y Los Encinitos, se localiza el rancho de Agua de los López, antigua comunidad donde moran familias de ese apellido.

A unos dos kilómetros del rancho se encuentra una conformación rocosa en la que sobresale una piedra que se eleva varios metros sobre las demás la cual, por su original configuración, los lugareños la conocen con el singular nombre de “La Piedra Larga”.

Lo anterior no tendría nada de extraordinario, ya que en otros lugares de la entidad y no digamos de la República Mexicana, existen innumerables sitios en los que pueden observarse estructuras pétreas de esta naturaleza. Lo que le da especial interés a la “piedra larga” es el hecho de ser un centro ceremonial utilizado por los antiguos pobladores Guaycuras, para rendirle culto a su dios Guamongo.

Aunque los cronistas religiosos de esa época no dicen nada al respecto, debemos tomar en cuenta las versiones orales que se ha sucedido a través de varias generaciones, para hacernos a la idea de la existencia de esos centros de reunión donde el Guama o hechicero de la tribu invocaba los favores de su dios tutelar.

Cuando llegaron los primeros españoles a la península encabezados por Fortún Jiménez, en 1533, los indígenas se refugiaron en lo alto de la sierra, seguramente en aquellos lugares donde con antelación los tenían previstos para esos casos. Y lo mismo sucedió con los subsecuentes arribos de las expediciones, entre ellas las de Hernán Cortés, Francisco de Ulloa y Sebastián Vizcaíno.

Es de creerse que el Guama aprovechaba las congregaciones alrededor de la “piedra larga”, para hacer conjuros en contra de los invasores que en mala hora llegaron a entorpecer y en otros casos a destruir sus tradiciones y formas de vida. Allí, amparados por las sombras nocturnas, debieron haberle pedido a Guamongo que castigara a los hombres blancos con

enfermedades hasta causarles la muerte. Tantas invocaciones sirvieron de algo, por que durante 165 años los grupos expedicionarios no lograron hacer huesos viejos en la península californica, largo tiempo durante el cual las tribus de los cochimies , los guaycuras y los pericúes siguieron siendo dueños de su habitat, resguardando sus costumbres y creencias.

A partir de 1697, con el arribo de los sacerdotes jesuitas y con ellos un nuevo dios que hablaba de bondad y del bien, el ser omnipresente de los indígenas invocados por los hechiceros se sintió relegado, pero no tanto para que no continuaran con sus tenebrosos ritos en su honor. Incluso en pleno periodo de catequización, cuando las misiones florecían en toda la península, todavía los indígenas sostenían sus costumbres paganas, ya que de hecho era lo último a que podían aferrarse al ver que su mundo desaparecía por obra y gracia de los conquistadores.

Ha pasado mucho tiempo pero la fama del centro ceremonial de la "piedra larga" no ha desaparecido. Los habitantes de los ranchos diseminados a todo lo largo de la sierra de las Cacachilas, incluyendo las comunidades de Palo de Arco y Los Divisaderos, relatan sucesos ocurridos años atrás, donde los fines de semana que coincidían con la luna llena, se veían figuras humanas danzando al filo de la medianoche, y se escuchaban voces que invocaban a Satanás, como antes los nativos lo hacían a Guamongo.

Se platica que a esos aquelarres llegaba gente de diversos puntos de la región, desde los ranchos alejados de El Remudadero y San Venancio, hasta los que se encuentran en los alrededores de El Triunfo y San Antonio. Algunos de los involucrados en estas ceremonias desaparecían de sus comunidades los fines de semana y se hacían presentes en la "piedra larga", sin que se explicaran los medios utilizados para recorrer tan largas distancias entre uno y otro lugar.

Todavía en la actualidad existen versiones de que en ese lugar se oyen ruidos extraños en las noches de luna, por lo que los moradores de esa zona evitan acercarse, so pena de verse envueltos en los remolinos de los maleficios que originan las fuerzas del mal.

Por eso, los visitantes que deseen conocer el sitio donde se encuentra esta descomunal piedra deben hacerlo durante el día, ya que lo contrario pueden encontrarse con la presencia de Guamongo, ese extraño dios de los

Guaycuras que no teniendo forma ni sustancia, influyó decisivamente en sus costumbres y formas generales de vida.

CHILANGÓN. EL CAZADOR

Después de caminar un buen trecho por un camino que serpenteaba entre los cerros pelones, Chilangón llegó a un rancho de auténtico corte sudcaliforniano. Con su escopeta marca Browning terciada, su sombrero tejano y sus botas vaqueras, el fuereño parecía capaz de arrasar con los animales que había por esos rumbos.

Resintiendo los efectos del calor—era el mes de agosto—se dirigió a la única persona que se veía en los contornos, y que no era otro que Mateo, quien descansaba plácidamente a la sombra de una higuera silvestre, vulgarmente llamada “zalate”, sosteniendo en una de sus manos la imprescindible taza de café de talega que saboreaba de vez en cuando. Con la otra, entre dos de sus dedos, apretaba un cigarrillo el que llevaba a sus labios, para aspirar con deleite el humo que producía.

--Buenos días, amigo—saludó el visitante con tono ceremonioso--
¿Oiga, como se llama este rancho?

Mateo lo miró socarronamente y contestó: --Se llama El Zalate y yo soy el dueño. Y usted, ¿Qué anda haciendo por estos rumbos?

Ignorante de las costumbres de la gente serrana, Chilangón no comprendió la intención con que Mateo pronunció el nombre del rancho, pero contestó:

--Pues ando en busca de unas liebres. Por aquí debe haber muchas, ¿verdad?

--Sí, sí, hay muchitas, sí, como no.

--Oiga, ¿y por dónde más o menos las encuentro?

--Uh, por donde quiera. Por allá, en el llanito de más adelante, cerca del derramadero, hay munchas.

Y Mateo puso énfasis en la última palabra, mientras con su mano señalaba la zona de cacería.

--Gracias.amigo—respondió entusiasta Chilangón—voy a ver si puedo matar unas cuantas.

El rancharo lo vio partir apresurado con el arma lista para disparar. Y cuando lo vio perderse a la distancia, reacomodó su cuerpo en el tronco del árbol, tomó el resto del café y a poco se quedó adormilado.

Tres horas después lo despertaron las pisadas del cazador que venía de regreso. Cansado, sediento, con la cara cubierta de sudor y las manos vacías. Con cierto enojo le reclamó al rancharo:

--Oiga, amigo, no encontré ninguna maldita liebre donde me dijo.
¿No que había muchas?

--Si muchas, muchitas—contestó Mateo con voz parsimoniosa.

--Pero no vi ninguna, no hay.

--No, no hay—contestó de mala gana, mientras lo veía socarronamente.

--Bueno—le insistió el frustrado cazador--¿Hay o no hay?

--De que hay, hay. El trabajo es dar con ellas.

Chilangón lo vio de hito en hito—por que hasta el más tonto tiene algo de malicia—y pensó: “este ranchero huarachudo me quiere ver la cara, pero ahora me desquito y de paso compruebo lo mentiroso que es”

--Oiga, ¿y por aquí no hay dinosaurios?

--Si, si hay—respondió con prontitud Mateo- se dan bastantes por acá.

--Pero amigo, esos animales son de la prehistoria. ¿Cómo van a existir en esta región?

--Ah que usted, pues si hay, chicuelones pero hay—replicó el taimado dueño de El Zalate, mientras simulaba con los brazos el tamaño de las crías.

“Después de muerto apaleado”—murmuró el cazador, con el enojo que le causó la mentira, mientras dirigía sus pasos hacia el lugar donde había dejado su vehículo.

Y por eso no pudo darse cuenta que en un valle no muy alejado del rancho, unos pequeños dinosaurios retozaban alegremente.

MI BASURERO PARTICULAR

Este día es un buen día para las confidencias. Será quizá por que los secretos suelen hacerse públicos cuando uno está de buen humor, o cuando la naturaleza se compadece de los humanos permitiendo gozar de un bello día.

Hoy por la mañana me encontré con mi amigo Eulogio Contreras, conocido por muchos como “el loco Contreras” aunque yo, por la estimación que le tengo le llamo “contreritas”, por que haciendo honor a su apellido se distingue por su constante crítica a todo lo que rodea. Para él nada es perfecto, aunque ignora que esta cualidad no se da en las cosas ni en las acciones humanas. Ningún detalle de le escapa. Yo creo que la mayor ilusión de su vida es encontrarle peros a situación por nimia que sea, y por eso encuentra cualquier motivo para dar cauce a sus amarguras.

¿Qué tal Contreritas, cómo te ha ido?—le pregunté después de darle un apretón de mano. Y como siempre esperé a la expectativa su respuesta la cual llegó incisiva como era su costumbre.

--Pues no tan bien como tú que sigues mamando del gobierno. Da gracias a que las ubres siguen dando leche, aunque a mí con el agua que tomo me conformo.

--Bueno—le contesté un poco amoscado—yo no pongo en tela de juicio mi trabajo. Quiero saber como estás de salud o si ya te hiciste rico.

Lo de la riqueza se me ocurrió param desquitarme un poco de lo de la mamada, y por que estaba enterado de los apuros económicos que eran su pan de cada día. Pero no esperaba su reacción que lo transformó ni más ni menos en un gallito de pelea.

--¡Vaya el rico!-- Me contestó con voz altisonante en las que se notaba una ira contenida—para lo que sirve en esta época el puta dinero. El poco valor que tenía lo mandó ala tiznada el gobierno del ratón y ahora estamos endrogados con todo el mundo. Es cierto que no tengo dinero, pero lo prefiero a que me comparen con esa bola de millonetas sexenales corruptos, culpables del desmadre que tiene en la miseria a nuestro país...

¡Párale, párale! —lo interrumpí a sabiendas desu gusto por el tema—Mejor pláticame como has visto la mejoría de los servicios públicos de la ciudad, ahora con las nuevas autoridades.

Contreritas se me quedó viendo y una sonrisa despectiva apareció en su rostro—A ustedes los políticos no les gusta escuchar verdades. Mira, los servicios públicos hace mucho que son privados.

--A ver, a ver, cómo está eso—lo interrogué interesado de su modo particular de ver las cosas.

-En primer lugar—me explicó—los nuevos funcionarios lo primero que hacen es mejorar sus casas con materiales que no le cuestan; les ponen albercas que al cabo que el agua la obtienen gratis; si la calle donde viven es de tierra la mandan pavimentar a costillas del gobierno corrupto; tienen a su disposición uno o dos guaruras y un chofer para la señora; los vehículos oficiales los usan para sus fines de semana en las playas y otras facilidades que tú ya sabes. Y para acabarla de fregar son muchos vaquetones que se creen con derecho a estas canonjías. ¿Dónde pues, están los servicios públicos?

Mientras hablaba su voz fue subiendo de tono, hacía ademanes enérgicos y en su cara contraída sobresalían sus ojos enrojecidos por la ira. Para calmarlo un tanto le expliqué:

--Bueno, sí, hay algunos funcionarios que se aprovechan de sus puestos, pero hay otros más responsables—argüi, mientras le daba unas palmaditas en la espalda para alivianarle un acceso de tos producto del esfuerzo de sus cuerdas bucales—Están por ejemplo—continué—los encargados de mantener limpia la ciudad y que hacen lo imposible por cumplir con su trabajo.

--¡Otra bola de ineptos! —me interrumpió mientras carraspeaba para aclarar la voz—Yo he ido cinco veces a quejarme ante el ingeniero responsable de los servicios de limpia de la ciudad, por que en un lote baldío al otro lado de la calle donde vivo está lleno de basura. Para acabarla de amolar ahí se encuentran tres casas abandonadas y en ruinas que son refugio de malvivientes y drogadictos. Aparte de los malos olores es un foco de infección para las familias que viven en la zona.

--¿Y qué te han dicho? Lo interrogué interesado en el asunto.

--Mi amigo Contreritas tiene una característica sobresaliente. Cuando se da cuenta que lo están escuchando sin burlarse de él, adopta una actitud reflexiva y sus palabras adquieren un cierto matiz irónico.

--¡Qué no me han dicho, querrás decir! Puras pinches promesas; que ya tomaron nota; que ya giraron instrucciones; que van a multar al dueño del solar; y mientras tanto vueltas y vueltas como si yo tuviera todo el tiempo del mundo.

--¿Oye, a propósito, ¿Todavía vives donde mismo?

--¿Y dónde más—me replicó de inmediato—Si yo fuera político enchufado en la nómina oficial ya me hubiera construido una buena residencia en un fraccionamiento de los alrededores, y es más, de los dineros...

--Espera, espera—lo atajé por que ya me imaginaba a que tipo de dinero se iba a referir—mejor indícame donde está el lote a que te refieres.

--Ah, pues verás, tú conoces el negocio de la “huevera”, la que está por la dieciséis. Pues a un ladito está ese muladar. Muchos vecinos nomás esperan que se haga de noche y tiran la basura en el baldío.

--Y tú ¿como le haces? –La pregunta lo tomó desprevenido, parpadeó varias veces y después, apenado pero desafiante me confesó:

--Mira, la verdad me solidaricé con mis vecinos. Ahora yo hago lo mismo. Si ellos tiene su basurero particular, ¿Por qué yo no he de tener el mío?

--¿”Será posible?”—me pregunté—“O sólo será una fanfarronada a propósito para llamar la atención de las autoridades”

La duda quedó flotando pues Contreritas, el crítico contumaz se despidió con un lacónico ¡Ai nos vemos!.

En distintos años del siglo pasado y debido a las sequías constantes originadas por la falta de lluvias, era común que los habitantes de algunas rancherías se vieran en apuros para conseguir alimentos, peor aún cuando la distancia entre unas y otras eran de muchos kilómetros.

Los ranchos ganaderos diseminados en lo alto de la sierra, sorteaban de alguna manera las dificultades sacrificando de vez en cuando una vaquilla o una cabra, lo que bastaba para ir la pasando en espera de mejores tiempos. Pero los rancheros de la parte baja, acostumbrados a la siembra de temporal estaban imposibilitados de allegarse recursos económicos para su subsistencia, a menos que fueran ayudados por sus vecinos los cuales, por lo regular, se encontraban en las mismas condiciones de pobreza.

Y es que en la época a que hacemos referencia, los habitantes de esta región cifraban sus esperanzas de bienestar en las temporadas de lluvias, dado que la mayoría de ellos vivían en zonas rurales dedicadas a la cría de ganado vacuno y caprino, aunque en algunos ranchos se aprovechaban los derramaderos con humedad para sembrar hortalizas, maíz y frijol.

Fue en uno de estos períodos de secas, cuando obligados por la presencia de la hambruna, los habitantes de una ranchería compuesta por cinco jacales, crearon la costumbre del “hueso caldero”, como una solución temporal a sus necesidades alimentarias, costumbre que después se propagó a otras comunidades cercanas dada su relativa efectividad.

--Doña Tencha, dice mi mamá que si le presta eh hueso caldero, porque ya no tenemos que comer.

Quien solicitaba el favor era un niño de escasos ocho años de edad, de voz esmirriada y que a las claras se veía que no había comido nada en todo el día.

La señora lo miró de reojo, después se levantó con dificultad de la desvencijada silla donde había permanecido sentada toda la mañana, para dirigirse a la enramada que se encontraba a un lado de la cocina, y después de un breve forcejeo descolgó un hueso de res de regular tamaño el cual, por su aspecto, daba la impresión de que ya tenía muchos días oreándose en ese lugar. Lo singular es que estaba cubierto de la grasa propia del animal, semejando una irregular bola de sebo.

--Y me lo traes tan pronto lo desocupen—le recomendó doña Tencha a la vez que depositaba en las manos del rapazuelo el trozo de hueso.

Mientras tanto, en el hogar del niño, la mamá había colocado en la hornilla una olla conteniendo agua y pequeños pedazos de papas y cebollas las cuales, por la acción del fuego, ya empezaban a hervir. Cuando llegó su hijo, la señora agarró el hueso y con ademán decidido lo introdujo en el recipiente. Ahí lo dejó unos tres minutos y enseguida, auxiliada con un cucharón de madera lo sacó, lo sacó y dejó que se escurriera totalmente; después lo colocó en un plato ancho que entregó al mismo chiquillo, diciéndole:

--Toma, llévaselo a la comadre. Dile que muchas gracias por el servicio.

Quince minutos después, la familia compuesta por el papá, la mamá y dos hijos disfrutaban de un nutritivo caldo de res. Por su lado, el “hueso caldero” había ocupado su lugar de costumbre en espera de otras solicitudes, tantas como fuera posible, antes que la acción de fuego lo desintegrara por completo, dejando tan solo el hueso mondo, sin rastros de carne ni de grasa.

CAMBIO DE PERSONALIDAD

Justo Severiano Pérez era un ciudadano ni común ni corriente. Prieto, chaparro, bigotón y dicharachero, solía ufanarse de la buena vida que se daba, aprovechando su oficio de chicharronero de éxito. Afecto a los buenos tequilas,-- “para la buena digestión de las carnitas de puerco” decía él”—tenía facilidad para hacer amigos a los que agasajaba de la mejor manera.

En cierta ocasión, reunido con varios de ellos para celebrar su cumpleaños número cincuenta, y cuando el efecto de los tragos invitaba a las confidencias, Justo, con aquel vozarrón semejante a una bocina con pilas nuevas, sorprendió a los cuates con la siguiente confesión:

--No crean que siempre he sido lo que ahora soy. Así como me ven allá en el estado de San Luis yo fui un personaje de la política en los tiempos de mi general Saturnino Astudillo, que Dios lo tenga en la gloria. Al señor le gustó mi forma abierta de tratar las cosas, y como en esa época ya era afecto al aguardiente y a la cantada, pues nos entendimos bien al grado que me ofreció la presidencia municipal de Mexquitic, la región donde yo mero nací. Yo era joven por lo que se me hizo fácil aceptar, sobre todo por que sabía que la tenía asegurada, pues las elecciones en ese tiempo eran puro trámite. Para no alargarles el cuento estuve tres años como alcalde, siempre bajo la protección de mi general Astudillo.

--¿Y seguiste en la política? Lo interrumpió uno de los presentes, atragantándose con un crujiente chicharrón.

--Le hice la lucha para ser diputado pero no encontré el apoyo necesario. Dizque eran indispensables otras cualidades que yo no poseía. --“Qué otras”, preguntaba y siempre me salían con evasivas. Y es que hacía comparaciones con otros amigos, diputados en funciones muy parecidos a como era yo, es decir, francotes, afectos al chupe y sin más preparación que la escuela elemental. Entonces, ¿De qué otras cualidades hablaban?

--A lo mejor querían que te “mocharas”—le comentó en tono de guasa Miguel que todo lo tomaba a broma.

--No, no era eso—contestó presuroso Justo Severiano—yo tenía nis ahorritos y podía haberles llegado al precio.

--Oye, ¿Y el gobernador que opinaba de tu pretensión—le preguntó uno de los invitados.

--Bueno, el general Astudillo como era tan cabrón, dicho con el debido respeto a su memoria, me dijo que ya me había ayudado con lo de la presidencia municipal y que me rascara con mis propias uñas. Que él no se opondría si yo lograba convencer al partido de mis intenciones. En otras palabras me mandó a la fregada. Pero a pesar de todo seguí insistiendo, hasta que el mero mero del partido me sacó de dudas respecto a las cualidades que me hacían falta...

Y al decir esto último, Justo echó mano de la botella de tequila a la que le dio tres buenos tragos, complementándolo con un buen trozo de carnitas con chile y limón. En tanto, su mirada recorrió los rostros ansiosos de sus amigos, tosió para aclararse la garganta y volvió a tomar la palabra.

--Me dijo:--“Tú no sabes aprovechar lo que no eres y eso te impide lograr una carrera política”

--Con el debido respeto, señor,-- le pregunté-- ¿Cómo quiere que aparente lo que no soy?

--Mira Justo—me contestó el mero, mero—la política es como las prostitutas decentes: nadie se entera de lo que hacen por las noches, ya que de día son las personas más rectas y honorables. Los políticos somos fingidores por conveniencia. Así, fingimos preocuparnos por los problemas de los demás, cuando en realidad lo que nos importa es ir escalando puestos públicos; fingimos ser jueces insobornables para castigar a los funcionarios corruptos, cuando la verdad es que investigamos cuanto dejaron para nosotros; gritamos para que las candidaturas sean obra del pueblo, en tanto buscamos al padrino protector que nos las haga buena; en conclusión, fingimos siempre porque en este país ser uno mismo no sirve para nada...

--Pero entonces,-le reproché asombrado e indignado a la vez-- ¿Quiere usted decir que yo no sé fingir?

Sonriendo ante mi desconcierto ocasionado por su franca confesión, el experimentado político me replicó;--“Tan no finges que ahora estás enojado por mis consejos, cuando deberías aceptarlos como normas de tu forma de actuar”

En verdad no lograba comprender que para ser político tenía que engañar, mentir, simular en perjuicio de mis amigos y la gente del pueblo; de todos aquellos que me habían ofrecido su amistad y a los cuales yo les correspondía en la misma forma. Cuando fui alcalde actúe siempre con honradez y siempre rendí cuentas claras de mi administración. A lo mejor por eso, por cabal y derecho no podríamos aspirar a puestos mejores en la política. Me dieron ganas de responderle como merecía, pero me arrepentí. Mejor le hice una última pregunta:--“Entonces, si no aparento, ¿no podrá ayudarme?”

Afectuoso, el mero mero se acercó más, me tendió su mano para que se la estrechara en señal de despedida, y con tono paternal de dijo:--“¡Definitivamente no! ¿Jamás servirás como político! Los hombres como tú, honrados y decentes nunca los aceptará nuestro sistema de gobierno.

El chicharronero dejó de hablar. Los amigos se dieron cuenta como sus ojos se nublaban mientras su semblante reflejaba a la vez tristeza y frustración infinitas. Después oyeron en susurro su última frase:--“¡Nunca imaginé que en mi nombre, Justo, llevaba la sentencia para mis ambiciones!”

¡Cómo! ¿Qué clausuraron el pozo del agua? Y el molino, ¿También lo van a quitar?

Acabábamos de tomar asiento en el sofá de la pequeña sala de estar de la casa, y mientras se afanaba en ofrecerme café entre vueltas y vueltas a la cocina, me explicó en detalle el asunto:

--Sí hijo, por aquí llegó hace unas dos semanas un señor del gobierno, para explicarnos que como ya se había instalado la red de agua potable, pues ya no era necesario que se utilizara el agua de los pozos. Además, dijo, que el agua de esos pozos estaba contaminada y era un peligro para la salud.

Yo había llegado esa tarde de Mazatlán, aprovechando la travesía de un barco, que en su ruta a Santa Rosalía debía dejar parte de su carga en este puerto. Fue un viaje largo y cansado desde la ciudad de México. Aunque la emoción de regresar a la tierra al lado de mis familiares y mis amigos, compensó con creces la fatiga. Hacía dos años que estaba ausente obligado por la necesidad de cursar una carrera profesional en la universidad que pudiera ampliar mis horizontes culturales y ofrecerme mejores condiciones económicas.

Allí estaba ese primer día en mi pueblo querido, escuchando la voz lastimera de mi madre que me enteraba:

--Yo, al principio no hice caso del aviso. Y eso que vinieron dos o tres veces para recordarme la urgencia de cerrar el pozo. ¿Pero como—pensaba—van a impedirme utilizar el agua que por tantos años hemos utilizado para beber, cocinar y regar mis plantitas?

Recordaba nítidamente mi época de niño y por curiosa coincidencia siempre la asocié al pozo del agua. Como en otros tantos solares, la perforación se encontraba en el centro del terreno, rodeada de frondosos árboles. Recuerdo entre ellos varios limones agrios, mangos, aguacates y otros más. Claro, no era una huerta en forma, si no más bien una especie de floresta que engalanaba el terreno donde estaba nuestra casa. Y el molino, ¡como no recordarlo!, si él era mi felicidad o tragedia cotidiana. Cuando giraban sus astas impulsadas por la brisa marina sabía que ese día todo sería alegría. En cambio, en los días apacibles, mi corazón se entristecía, pues imaginaba que ya nunca más cobraría vida y sus aspas inertes caerían, como caen inertes las alas de aves moribundas o los copos de nieve en fría noche invernal.

Y mi madre continuó con su queja:--“La semana pasada vinieron otros trabajadores del ayuntamiento en un “dompe” y con piedras y tierra rellenaron el pozo. ¡Ay, hijo, hubieras visto! No valieron súplicas, ni amenazas, ni nada. El que más sufrió fue tu papá; yo creo que en ese momento hasta se le olvidó su reumatismo. ¡ Y pensar que le costó tanto esfuerzo hacer el ademe de la perforación!

Una cosa que teníamos prohibido era asomarnos por la orilla del pozo del agua. Pese a que se encontraba semicubierto con tablas, podía divisarse su interior hasta el espejo del agua. Allá, a veinte metros de profundidad, se antojaba una luna llena en un cielo rojizo con tintes sombríos. A veces, desoyendo el consejo, me asomaba temeroso junto al brocal, y me imaginaba ver a mi padre haciendo equilibrio en un frágil andamio, pegando afanoso los rojos ladrillos que le darían consistencia a la perforación. ¡Qué valiente y temerario me parecía entonces! Y que orgulloso me sentía cuando a la palomilla del barrio les recalaba: ¡Mi papá lo hizo!

--Ahora nos quedamos solamente con el molino—continuó mi madre—A veces, cuando sopla el viento, tu papá le suelta el freno para que gire y recuerde, según él, los viejos tiempos. Pero ahora parece que ya ni eso, porque un señor de por el rumbo de El Mezquital quiere comprarlo para utilizarlo en su rancho.

De esa plática con mi madre a la fecha, han pasado muchos años. Después de los dos meses de vacaciones regresé a la capital a continuar mis estudios. Por situaciones que no viene al caso relatar me quedé a trabajar allá. Formé una familia, y a mis hijos les hablaba siempre de mi hermoso pueblo. De sus frondosos árboles, sus calles empedradas, del malecón engalanado con los árboles de la india. Pero, sobre todo, les platicaba que era un pueblo que enviaba al espacio sus alegrías de vivir por medio de sus molinos de viento. Cuando giraban al unísono, su energía cinética se convertía en savia vivificadora para todos sus habitantes.

Ahora he regresado para quedarme. Mis hijos han confirmado las excelencias de mi lugar de origen. Niños aún, se han adaptado rápidamente a su nuevo ambiente. Pero yo sé que algo los inquieta, por que a veces elevan su mirada y cuando la bajan, una leve sombra de desconcierto, de desesperanza, vela sus ojos.

--Oye, papá, este pueblo no tiene vida, ¿verdad?—Y entonces yo siento remordimiento, por que dejándome llevar por mi nostalgia

no quise entrever la realidad. Y culpa, porque pudiendo tal vez preservar algo de nuestra tradición dejé que otros acabaran con ella, como los molinos de viento que ahora, gracias a mi sentimentalismo, anidan solamente en el corazón de mis hijos.

EL MENTIROSO

Era domingo por la mañana y ya los asiduos clientes de la única cantina del pueblo habían iniciado una ronda de libaciones, aprovechando el buen sabor de las cervezas puestas a enfriar el día anterior. En la aburrida tranquilidad del día sólo en dos lugares se notaba algún movimiento, alrededor de la iglesia donde estaba por iniciarse la misa de las doce, y frente a la cantina y al interior de ella, en la que algunos trasnochadores comentaban los sucesos ocurridos durante la semana.

--Miren—dijo uno—ahí viene don Sebas. ¿Qué tal y le regalamos una “ballena” para que nos diga una mentira?

La persona señalada era don Sebastián Romero, conocido en toda la región como don Sebas. Con toda la pinta de ranchero, era un hombre de unos sesenta años, magro de carnes y con el pelo encanecido, cuyos mechones sobresalían de su encasquetado sombrero de palma. Tenía fama bien ganada de ser un redomado mentiroso, a tal grado que él mismo se creía los infundios que platicaba.

Sociable por naturaleza, don Sebas entablaba sabrosos paliques sobre temas casi siempre campiranos, entreverando en su plática una que otra mentira, las más de las veces inadvertidas por sus oyentes. Aunque en ocasiones, llevado de su entusiasmo aseveraba cosas que provocaba la burla de todos, afirmando la idea de que no podía creerse nada de lo que platicaba.

Al pasar frente a la cantina alguien lo saludó:--Buenos días don Sebas, véngase a mitotear un rato con nosotros.

Al escuchar la invitación, el aludido refrenó su paso y se acercó al grupo que lo miraba expectante, con interés mal disimulado.

--Oiga, don Sebas, aquí los amigos le quieren invitar una “ballena” a cambio de que nos diga una mentira.

--Ahora no se va a poder—replicó de inmediato el ranchero—por que voy de apuro a buscar a las autoridades del pueblo—Y al decir esto se le notaba la preocupación en sus ojos y el nerviosismo de sus ademanes. Su actitud despertó la curiosidad de todos y por eso uno le inquirió:

--¿Y que asunto lleva con la autoridad don Sebas?

--En lo particular ninguno. Lo que sucede es que en los alrededores del rancho de mi compadre Eulogio avistaron una bestia que tiene la rabia y temen que vaya a matar al ganado o a lo mejor a varias personas. Así es que me van a perdonar por no atenderlos—Y diciendo lo anterior prosiguió apresurado su camino rumbo a la delegación de gobierno.

Los integrantes del grupo de adoradores de Baco quedaron pensativos y a poco uno de ellos reflexionó en voz alta: --Oigan, ¿No les parece alarmante la situación? Yo pienso que deben matar a ese animal antes que cause una tragedia.

--Sobre todo—intervino otro—porque en el rancho de Eulogio hay niños y su casa no es muy segura que digamos.

--¿Qué les parece si ayudamos a matarla—intervino un tercero—al cabo que el lugar está cerca y podemos llegar fácilmente en mi picap.

--Vamos, vamos—corearon todos—y de paso recogemos las armas disponibles.

Al cabo de una hora, seis entusiastas cazadores organizados en un safari choyero llegaron al rancho mencionado en el que sólo encontraron a un chamaco medio tarado, que no supo dar razón ni de la familia ni del animal rabioso.

--A lo mejor—comentó el chofer del vehículo—se fueron al rancho de los Tepetates temiendo la furia del animal. Vamos para allá, al fin y al cabo no está muy lejos.

Encaramados en la picap, con el polvo del camino y los rayos solares cayendo a plomo sobre ellos—era el mes de agosto—los expedicionarios sentían más ganas de regresarse al pueblo para seguir disfrutando de la “dulce vida”. Después de otra hora de camino llegaron al lugar donde los recibió amablemente el dueño del rancho.

--Pasen a la sombra, amigos. ¿Qué los trae por aquí?

En pocas palabras los visitantes le explicaron el motivo de su viaje y los deseos de participar en el exterminio de la bestia con rabia.

--¿Bestia con rabia?-- repitió extrañado el ranchero—No, que yo sepa no anda ese animal en el monte. Precisamente acabo de llegar de

campear una vaquilla y recorrí gran parte de esta zona. Incluso llegué al paraje de mi compadre Romualdo retirado unos diez kilómetros de aquí, pero no me platicó nada de esa bestia. Dispensen la pregunta, pero, ¿Quién les dio esa información?

La última frase caló hondo en la mente de los cuestionados y en sus pupilas se encontró la respuesta:--Pues fue don Sebas quien nos dio la noticia esta mañana.

--¡Cómo se me hace que les vio la cara de pen...itentes—exclamó Romualdo, mientras se mesaba el alborotado cabello y con una maliciosa sonrisa dibujada en su rostro.

El regreso al pueblo transcurrió en un pesado y amenazador silencio. Al llegar frente a la cantina, llena a esa hora de parroquianos, uno de los engañados espetó, furioso: ¡Qué buena nos las hizo don Sebas! Nos vaciló a todos y ni las manos metimos. Y lo que más me disgusta es que a pesar de todo tenemos que darle la “ballena” que le prometimos, por que al fin y al cabo nos dijo una mentira. ¡Ah, que buena nos las hizo el viejo cabrón!

Alguien me lo dijo pero no lo creía. Un juglar en pleno centro de la ciudad. Todos los días por la tarde y vestido conforme a la usanza de hace quinientos años. Escéptico por naturaleza, tuve que ir a cerciorarme quien era el fulano que había traído al presente una costumbre de la edad media.

Pero antes de hacerlo, me fue preciso, para no pecar de ignorante, informarme un poco sobre estos singulares personajes y la cruzada cultural que llevaban consigo. Resulta que los juglares eran una especie de poetas cuyas composiciones memorizaban y las cantaba en en las calles, en las plazas, en los atrios de las iglesias y en todo lugar donde creían que serían escuchados. Dado el auge de estos trovadores y por el contenido de sus poemas, se dividieron en dos clases: los que componían cantos populares integraron el Mester de Juglaría, y los que se dedicaron a los cantos religiosos formaron el Mester de Clerecía.

Ahora sí, con estos elementales conocimientos, me dispuse a conocer al poeta y escuchar algunas de sus trovas. Por el camino al parque fui recordando algunos versos de renombrados literatos a los que algunos vivales les endilgaron música con afanes mercantilistas. Amado Nervo, José Othón, Pablo Neruda y otros que no recuerdo, bien se levantarían de sus tumbas para mentárselas a quienes han mixtificado sus inmortales poemas.

La tarde estaba renuente a desaparecer. Unas nubecillas faldilleras que estaban ocultando egoístamente la belleza del sol, de peronto se hicieron a un lado y la luz mortecina inundó con sus últimos suspiros a la ciudad, antes de diluirse lentamente. Al llegar al parque, la luz artificial hacía remedos de la otra como si quisiera comparársele.

En efecto, pronto encontré a la persona que buscaba. A un lado del kiosko dialogaba con otras dos y de seguro estaban concentrados en la plática pues no pusieron interés en mi llegada. Al rato, como una más de público me puse a escuchar, mientras observaba sorprendido el atuendo del juglar.

Era joven, no más de veinte años, de talla mediana y delgado en exceso.—“Lo flaco lo acepto—pensé—pues los trovadores de antes debieron haber andado siempre muertos de hambre”. Pero lo que me llamó la atención fue su voz grave, de acusadas inflexiones, y por su

conversación enmarcada en un obstinado pesimismo. Respecto a su vestuario me desilusionó totalmente, ya que me lo había imaginado a la usanza antigua: pantalones bombachos, con botas puntiagudas en las cuales se introducían las perneras, camisam adornada de manga larga y con cuello alto y, además, un sombrero de fieltro de dos puntas y la consabida pluma de ave en uno de sus lados. Más o menos como vestía Robin Hood.

Pero a cambio me encontré con un seudojuglar cuyo parecido lo era tan sólo por lo melenudo de su pelo. El resto de su imagen correspondía a un joven moderno, pantalón corto, playera holgada mcon un dibujo del chupacabras, zapatos tenis desgastados por el uso y el colmo, una gorra con el logotipo de un equipo de béisbol norteamericano.

--Y para esto perdí mi tiempo viniendo hasta acá—reflexioné, mientras ponía atención a las palabras del cuasi trovador.

--Con ésta llevo ya diez presentaciones en este parque. De aquí continuaré en el malecón y después en los callejones del centro...

--Oiga,-- lo interrumpió uno de los presentes--¿Y por qué dice la propaganda que es usted un juglar?

Receloso antes de contestar, echó una ojeada a su alrededor y su mirada se detuvo un poco en mí, para después elevarla al infinito quizás en busca de inspiración. Por si las dudas le hice un poco al tío Lolo a fin de pasar desapercibido, pero con el oído al acecho para no perder su respuesta.

--¡Soy un juglar!—afirmó enfático—como mis ancestros, ando de un lugar a otro declamando y cantando mis versos con el único propósito de ser escuchado por los amantes de la poesía. Me mantengo de sus dádivas y los aplausos son el mejor alimento para mi inspiración.

--Pero en esta época donde existen medios electrónicos y la prensa, ¿no resulta anacrónico su comportamiento?

El autor de la pregunta, joven como él, de seguro me robó la idea, ya que no le hallaba sentido a tanto desgaste intelectual y los escasos resultados obtenidos, digo, tomando en cuenta las pocas personas que lo escuchaban en cada presentación. Claro, en aquellos

tiempos, cuando no había imprenta ni radio, necesariamente los juglares utilizaban la voz como el único medio para comunicarse con el público. Pero ahora, ¿No sería un tanto paranoica su actuación?

El autodenominado juglar nos sacó de dudas. Con agudo sarcasmo silabeó su respuesta:

--Los anacrónicos son los medios de comunicación y las instituciones encargadas de difundir el arte y la cultura. En este mundo capitalista nada es gratuito y todo se mueve a través de intereses. Mi caso es patético. Anduve de un lado a otro ofreciendo mis poemas pero nadie se interesó por ellos. Busqué un apoyo editorial, pero ni las dependencias oficiales, ni menos las privadas tuvieron presupuestos disponibles para la publicación de esta clase de obras literarias. Así es que no me quedó otra alternativa, y por eso aquí estaré como sombra y escarnio de los cultureros que no ven más allá de sus narices...

Y diciendo lo anterior, de un estuche ya maltratado por el uso, sacó una mandolina, escaló los ocho escalones que lo llevaron a la parte alta del kiosko, y ante un escaso público inició sus cantos con voz, eso sí, bien timbrada y de correcta cuadratura. No recuerdo bien sus versos por que mi pensamiento se alejó cinco siglos atrás para ver, en alas de la imaginación, a un auténtico juglar con la badurria en sus manos, decir aquellos cantares de gesta que dieron tanto prestigio a la cultura de esa época.

RELATOS

PANCHITO Y EL MAR

La primera experiencia de Panchito con el mar sucedió cuando tenía cuatro años de edad. Su padre, descendiente de una familia de pescadores, se ganaba la vida vendiendo los productos que sacaba del mar y que lo obligaban día tras día, a recorrer la bahía en su embarcación en busca de peces y mariscos que, para su fortuna, existían en buenas cantidades.

Ese día la bahía amaneció de buen humor. Sus aguas tranquilas y clarísimas semejaban un salón de exposición, donde podía observarse a placer las variadas especies de peces que pueblan el maravilloso mundo submarino.

Panchito despertó temprano. La costumbre familiar comenzaba ya a influir en su vida y él, como buen hijo de pescadores, debía seguir la tradición. Además, a esa hora, su mamá ya tenía preparado el café que despedía un agradable olor, capaz de competir con el mejor despertador del mundo. Pensando en su padre, que a esa hora ya se encontraría en el mar, se dirigió a la playa distante diez metros de su casa, justo a tiempo en que la claridad del día se iniciaba en el horizonte.

El fenómeno era común al niño. Le gustaba extasiarse con el amanecer y, fijos los ojos en la lejanía, esperaba la aparición del sol que se asomaba lentamente en el horizonte, tiñendo el cielo de un rojo fuego, para después inundar de luz todo su mundo conocido.

Panchito recorrió con la vista la amplia bahía y la encontró más hermosa que nunca. Los tonos verdes y azulados de las aguas, el ir y venir de las aves marinas—gaviotas, alcatraces y tijeretas—y el corretear incesante de los diminutos cangrejos que aparecían y desaparecían en la arena, formaban un conjunto lleno de armonía que invitaba a fundirse con la naturaleza.

Lo primero que se le ocurrió fue tratar de agarrar un cangrejo. Después, sin haber logrado su intento, asustó a dos gaviotas que descansaban sobre un risco de la playa. Las aves revolotearon un momento y volvieron a posarse donde mismo, indicio claro de la poca importancia que daban a los juegos del niño.

Cansado de corretear en la arena, Panchito se acercó a la orilla y encaramándose en una piedra que sobresalía del agua, se puso a observar el ir y venir de los pececillos que a esa hora abundaban en las partes bajas de la bahía.

Desde su sitio, el niño miraba claramente el fondo del mar que en ese lugar se encontraba a escaso medio metro de la superficie. De pronto su atención se concentró en un par de peces multicolores que se divertían alegremente.; parecía que jugaban al

escondite, pues mientras uno desaparecía en los huecos de las piedras, el otro esperaba un momento para después salir en su busca. Al encontrarlo, el primero iniciaba un veloz recorrido perseguido de cerca por el segundo, en un intento quizá de que le pegara la “roña”, tal como sucede en el conocido juego que los chamacos realizan con harta frecuencia. Así continuaron durante un buen rato, ante la mirada absorta de Panchito que de buena gana le hubiera encantado participar en el juego.

De improviso, el niño bajó del risco donde se encontraba y con una sonrisa en los labios, la mirada fija en los pececillos y los brazos extendidos hacia ellos, sumergió apresuradamente su cuerpo en el mar

¡Pobre Panchito!, cuando momentos después recuperó la conciencia, las lágrimas fueron testigos silenciosos de su amarga experiencia y no menos cruel decepción. Su madre que iba en su busca alcanzó a verlo cuando se sumergía una y otra vez, con el rostro lleno de felicidad tratando, inútilmente, de permanecer bajo la superficie del agua.

Ahora, el niño de mayor edad, desde la misma piedra, sigue contemplando las graciosas piruetas de los peces. Pero sabe ya una cosa: sabe que ellos pertenecen a un mundo que no es el suyo, y que a pesar de que los separa tan sólo un pequeño espacio de agua cristalina, ésta constituye la barrera infranqueable que él jamás podrá cruzar en tanto persista su actual condición de ser humano. Pasará todavía largo tiempo para que descubra y utilice los medios artificiales de que vale el hombre para incursionar en las profundidades submarinas...

CRIA FAMA Y...A DORMIR

En la región norte del Estado se localiza un pueblo de variados atractivos entre los que resalta la antigua iglesia, construida por los misioneros jesuitas en 1728. La misión de San Ignacio Cadda-Kaamán se yergue majestuosa en el centro del pueblo, frente al jardín principal, donde frondosos árboles de la india proyectan su sombra, haciéndolo proclive al reposo de visitantes y vecinos del lugar.

A San Ignacio, injustificadamente lo han rodeado de un halo de paraíso terrenal, en el que la aversión al trabajo y la despreocupación son sus principales características. A los habitantes de esa comunidad los tildan de indolentes, fama que muchas historias, la mayor parte inventadas, se han encargado de propalar. Que si el cine con la pantalla en el techo, que los burros con tenis, que la campana de la iglesia con badajo de hule, en fin una serie de chistes que a fuerza de repetirse hacen que las mentiras las lleguemos a juzgar verdades.

A decir verdad, las personas del lugar no gustan mucho de ser lo que se dice de ellas, aunque visitantes diversos han externado la opinión de que San Ignacio es un lugar apacible donde el tiempo no cuenta por el hacer sino por el vivir. Su condición de pueblo rodeado de huertos, sobre todo de datileros y olivares, permite a sus pobladores vivir con tranquilidad, aprovechando la prodigalidad de la naturaleza, la cual les proporciona lo suficiente para ir la pasando, sin importarles mucho las inoportunas señales de progreso las que pese a todo, no logran hasta ahora, alterar su “modus vivendi”

Si a lo anterior sumamos el hecho circunstancial de que la mayoría de los hombres de ese lugar van a trabajar a los campos pesqueros de la costa cercana durante las temporadas del abulón, la langosta y el camarón, durante cinco o seis meses, para el resto del año disfrutar de las jugosas ganancias obtenidas, entonces la imagen de la pereza se refuerza y da origen a lo que se dice de los ignacianos.

A propósito, cuentan que una ocasión un nativo del lugar viajó a la ciudad de México al arreglo de ciertos asuntos personales. Después de varios días de andar de aquí para allá, al transitar por la avenida Juárez le llamó la atención el monumento a la Independencia, aquél que tiene en lo alto un ángel con sus correspondientes alas. Como andaba cansado se le hizo fácil sentarse al pie de la obra, mientras contemplaba el continuo movimiento de vehículos y personas. De pronto, un fuerte temblor sacudió la ciudad, lo que originó el derrumbe del ángel en dirección a nuestro amigo. Éste, sin moverse, lo único que exclamó cuando vio el peligro fue: “aletéyale, aletéyale”

Pero los habitantes de San Ignacio no deben incomodarse por lo que cuentan de ellos. A lo mejor es envidia de todos aquellos que tienen como norma de vida el contenido de los siguientes versos: “Si para buscar comida tengo que sobarme el lomo, váyase al diablo el trabajo, mejor no como”. Además, les servirá de consuelo que en otras regiones de México existen lugares semejantes, donde saben aprovechar para su ocio, lo que la naturaleza les ofrece sin limitaciones; o bien utilizan adecuadamente las oportunidades de trabajo bien remuneradas que se les presentan.

A los ignacianos les interesará saber mucho que otras personas residentes en comunidades de la costa michoacana no le piden mucho en eso de gozar de la vida. Meciéndose en sus hamacas; saboreando el agua de cocos recién cortados y pellizcando de vez en cuando un pescado asado a fuego lento en la hornilla cercana, miran pasar las horas sin ninguna clase de preocupaciones. Y es que tienen segura la fuente de sus ingresos, aunque un tanto diferente a como lo logran nuestros amigos de San Ignacio.

Resulta que en determinados meses del año, en lo alto de la sierra se realiza la cosecha de un valioso arbusto de hojas lanceoladas, y a ella van la mayoría de las personas que viven en la costa. A pesar de los peligros que ese trabajo entraña, lo realizan con entusiasmo porque es bien pagado tanto, que les permite pasar largas temporadas en delicioso descanso. Sin embargo, esta fuente de ingresos ha ido desapareciendo debido a que el gobierno prohíbe el cultivo de esa planta, lo que ha obligado a los costeños a buscar nuevas opciones para su supervivencia. Serán quizás el turismo o la pesca las soluciones inmediatas, como ya lo son en el caso especial de los habitantes del tranquilo pueblo que da pie a este relato.

No estaría de más, por aquello de que las penas compartidas entre muchos se sienten menos, que las comunidades mencionadas se hermanaran. De seguro encontrarán las fórmulas adecuadas para destruir los san benitos que se les atribuyen. O de plano, compartirse los secretos para continuar con el placer de disfrutar de la vida, acercándose así al estado perfecto del hombre: la contemplación.

A la altura del kilómetro 211, siguiendo el cauce seco de uno de los arroyos, rumbo a la sierra, en una de las cuevas que existen en las laderas, encontré una piedra labrada en forma de hacha que perteneció a las tribus indígenas que poblaron esa región hace más de 500 años. La limpié amorosamente quitándole la pátina del tiempo, y con todo cuidado la guardé en mi mochila, asegurándome de que ningún objeto metálico pudiera dañarla, como si ignorara que resistió por siglos el embate de la naturaleza. Alegre y satisfecho por mi hallazgo, desanduve los dieciocho kilómetros que me separaban del vehículo, y sin pensar en otra cosa regresé a la ciudad, para hacer partícipe a mi familia y los amigos de tan importante acontecimiento. Me imaginaba la cara de sorpresa de mi mujer al mostrarle tan singular objeto, sobre todo por que siempre me recriminaba el tiempo que perdía en mis correrías, las que según ella, eran pretextos para no cumplir con mis obligaciones hogareñas. Pero al llegar a la casa de ustedes mi esposa no estaba en ella, lo que no me extrañó ya que es muy afecta a visitar comadres y amigas a las que vende artículos de cocina y productos de belleza. Así es que deposité el hacha en una de las divisiones de mi modesto librero y después me dediqué—era sábado— a reparar los desperfectos de la tubería del agua que da al lavabo de la cocina y que hacía una semana goteaba sin interrupción. Un poco por la falta de herramienta adecuada y un mucho por mi escasa habilidad para el oficio, lo cierto es que el maldito arreglo me llevó cien maldiciones, una remojada propia para una gripe, ochenta pesos de refacciones y lo peor, la pérdida de mis dos días de descanso. Así es que el lunes ni me acordé de mi hallazgo. No fue sino bien entrada la tarde que me dirigí al librero para deleitarme con mi joya arqueológica. Pero para mi sorpresa había desaparecido del lugar donde la dejé, y por más que la busqué en todos los rincones del cuarto, la bendita piedra no apareció por ningún lado. Desesperado pregunté a mis hijos si la habían visto, acusé a mis nietos de no respetar las cosas de su abuelo, amenacé a todos de que les iba a prohibir la entrada a mi estudio, y me recriminé por no ser más cuidadoso con los objetos que me interesan. Por extraña coincidencia, mi mujer nom estaba presente, así es que se salvó de la reprimenda colectiva. Bueno, no tanto, por que en la noche, un poco antes de acostarnos, con tono apesadumbrado le conté lo ocurrido y como lamentaba la pérdida. Ella me escuchó atenta y conforme se iba enterando del asunto, sus ojos reflejaban sorpresa y una como desesperación se reflejó en su cuerpo que en esos instantes se transparentaba al través de su delgado camisón. Al verla así pensé, “al diablo con la joya arqueológica” y una mirada de concupiscencia apareció en mi rostro. ¿la piedra que dices es alargada y tiene un desgaste en el centro y está cacariza? Ahora yo fui el sorprendido y eso bastó para que mi esposa saliera presurosa de la recámara, para volver a cabo de unos minutos trayendo en sus manos el objeto que ya daba por perdido. Ante mi gesto de interrogación me confesó que la había visto en el librero y de inmediato le gustó para machacar carne. “Pero

sólo la usé dos veces” se disculpó, como si el hecho careciera de importancia. Total, me di por satisfecho por encontrarla, no sin hacerle ver lo ignorante que era en cosas de la historia, Al día siguiente llevé mi valioso tesoro al museo de antropología e historia, para que formara parte de nuestro patrimonio arqueológico. Nomás que el encargado del mismo, después de observarlo me lo devolvió, por que según él no tenía ningún valor, dado que piedras como esa dondequiera se encontraban. Ya se imaginarán la decepción que me llevé, después del tango que hice ante la familia. Defraudado y con ánimo de mandar al carajo mi afición por las cosas del pasado, regresé a la casa para hacer entrega formal del hacha prehistórica a mi esposa la que, sin conocer de antiguallas, me agradeció el obsequio y de inmediato le dio uso, quizá semejante a como lo hacían los grupos indígenas que poblaron antaño este territorio.

Dice el refrán “de que los hay los hay, el trabajo es dar con ellos”. Y esto viene al caso por lo que les sucedió a dos conocidos profesionistas aficionados a la pesca submarina, quienes en uno de esos ratos propicios para compartir secretos, nos relataron el siguiente suceso que tiene el atractivo de lo inesperado:

El caso es que nuestros amigos, a los que llamaré Nacho y José Luis, se dirigieron un fin de semana a la población de Cabo San Lucas, con el propósito de practicar su deporte favorito. Armados de sus implementos de pesca, entre ellos pistolas de tres ligas, visores, tanques de aire, etc., se hicieron a la mar en una pequeña embarcación que les facilitó uno de los conocidos del lugar. Un poco más allá de la conformación rocosa donde se localiza el atractivo natural del “Arco de Cabo San Lucas”, existe una zona pedregosa de cuatro a ocho brazas de profanidad donde se crían y refugian diversas especies marinas como el pargo, el mero, la cabrilla, que constituyen el centro de atención de los aficionados a esta clase de pesca deportiva.

Y fue precisamente a ese lugar a donde se dirigieron nuestros dos amigos pensando que allí capturarían buenas piezas que servirían para demostrar sus habilidades submarinas y también, naturalmente, para preparar ricos platillos que disfrutarían en compañía de familiares y amistades.

Pero no cabe duda que “del dicho al hecho hay mucho trecho” por que lo cierto es que, o los peces se enteraron de su llegada y pusieron sus aletas a funcionar alejándose lo más posible del peligro, o de plano eran pescadores chambones que confundían las piedras con los peces y así, en esas condiciones, no lograron capturar ni una pieza.

En la época a que nos referimos, funcionaba en Cabo San Lucas la empacadora de atún “Elías Pando”, la cual tenía sus instalaciones a la entrada de la bahía junto a un muelle que era utilizado por los barcos para desembarcar su producto. A lo largo del mismo corría una vía por donde se deslizaban las góndolas rebosantes de pescados hasta introducirlos al edificio de la empresa, donde las manos hábiles de los empleados los destazaban para después enviarlos a las máquinas de procesamiento, envase y cocimiento.

Por coincidencia, en ese día y a esa hora, un barco desalojaba su carga dentro de las góndolas, lo que originaba un animado movimiento de numerosas personas, tanto de la embarcación como de la empacadora. Y a este muelle llegaron Nacho y José Luis.

Amarraron la embarcación a uno de los pilares y observaron la operación de descarga de los atunes. Vieron como por medio de la grúa del barco y una red

que aprisionaba entre 25 y 30 piezas, los animales eran sacados de las bodegas y depositados en las góndolas. Pero también se dieron cuenta, no sin sorpresa, que en el acto de la descarga una, dos y hasta tres piezas no caían en el carro sino en el mar, donde eran devorados materialmente por decenas de pequeños peces que nosotros conocemos con el nombre de “rayadillos”. Era increíble observar como en escasos minutos, atunes de varios kilos desaparecían bajo el ataque de los voraces pecesillos, dejando solamente los esqueletos que lentamente se mecían al influjo de la corriente.

--Lo del agua, al agua—les contestó uno de los obreros cuando le requirieron de los atunes que caían al mar. Al oír esto, los dos amigos intercambiaron miradas de complicidad, luego, de común acuerdo se colocaron los visores y las aletas y se zambulleron en las aguas transparentes, cuyo espesor llegaba escasamente a tres brazas de profundidad.

Allí, en franca competencia con los hambrientos “rayadillos”, se dedicaron afanosamente a bucear y capturar los atunes que de vez en cuando caían de las redes que los transportaban. Es de imaginarse el espectáculo que estaban presentando: por un lado los peces que con pleno derecho peleaban su alimento y, por el otro, los dos entrometidos pescadores en acecho, esperando ganarles la mano a los competidores.

Pero el esfuerzo y la claudicación de su ética deportiva dio sus frutos. Al cabo de media hora ya tenían en su poder cinco preciosos atunes semicongelados, suficientes para justificar su viaje desde La Paz y los gastos originados. Aunque claro, el procedimiento no fue el que se esperaba de dos auténticos aficionados a la pesca deportiva.

Pero como alguien dijo que la oportunidad la pintan calva, a Nacho y José Luis no les importó convertirse momentáneamente en pirañas humanas, al fin que al cabo lo inusitado y lo original forman parte ha muchos siglos de la condición humana.

POEMAS

Náufrago salobre
arribo a tu puerta submarina
expirando las delicias
de un vivir no correspondido.

Bracee las aguas de la nada
tremolando ecos colibríes;
agité los mares de la luna
recreando en las olas tu regreso.

Pero ya nada interesa:
ni la gaviota nube fragmentada,
ni los granos de sal alucinados
ni horizontes triviales
ni quejas golondrinas pasajeras.

Lejos, por el mar, emerges tú,
farola inalcanzable,
liquen disgregado,
haz pisciforme,
aleta que señala mi destino.

MARHUMANO

Traigo el mar dentro de mí

como la caracola o el erizo,
la sal corriendo por las venas
en olas diapasones con arena.

Siento el mar dentro de mí
tranquilo y triste por horarios,
iracundo y fatal sin los escollos
que imponen añejos horizontes.

Late el mar dentro de mí
y es fuente rediviva de entusiasmos,
su cinética energía me nutre
y soy pez que navega el infinito.

El mar y yo es uno
como la piel y el aire,
como el amor enraizado
sin fronteras ni oquedades.

Yo soy el mar con sus voluptuosidades,
con sus triquiñuelas submarinas,
influjo letal que irradia lunas
impregnadas de signos zodiacales.

Traigo el mar dentro de mí.

SORPRESA

Ayer que te ví
me enamoré de pronto,
y hoy te deseo
con el ansia febril
de un tonto adolescente.

Ayer que te ví descubrí
lo que hace tiempo
mi corazón intuía.

Pero me pregunté asombrado
si el amor se mide por los años pasados,
o es un algo que trasciende
cómo la espuma del mar
que se renueva en cada ola.

Ayer que te ví olvidé
las noches desoladas de mi vida,
y contemplé amaneceres rojos
en los ritmos añosos de mis venas.

Y ahora vivo para ti
sin límites temporales
ni ocasos presentidos,
tan sólo imaginando
que tu amor será mío
cómo es el viento, el sol
y la esperanza.

SOLEDAD

Sabía que algún día te irías
y por eso deshojé mis recuerdos,

arrinconé mis angustias y duelos
para buscar el camino de tu ausencia.

Recordarte en la brisa marina,
en los atardeceres melancólicos,
en la lluvia tempranera
y en los horizontes diluidos.

Recordarte en las noches insomnes
con tus labios susurrando mi nombre,
solazando mis manos en tu cuerpo
teniendo la felicidad de compañera.

Pero ya no estás conmigo,
y mi ser entero lamenta tu partida,
nos veremos allá, en los confines
de la otra vida, para seguir amándonos.

SI TÚ QUISIERAS

Si tú quisieras,
nos burlamos del tiempo,
y seremos felices
los años que nos quedan.

Si tu quisieras,
recordamos la época
en que tú y yo
enfrentábamos al mundo,
con miradas luminosas,
con ingenuidad inacabada.
con inagotable optimismo.

Juntos, como la luz y la sombra,
desperdigando esperanzas,
por un poco de felicidad.

Ah, si tú quisieras...

ESTA TIERRA MÍA

Las estridencias sin fin

de tu pasado
llevan un sino, tierra mía,
como las aves que emigran,
como los vientos que ríen.

Un pasado doloroso
olor a pólvora,
que confunde el presente
y detiene tu rumbo.

Ya no más titubeos
ni triquiñuelas
lacerando tus pasos.

Defiende hoy como ayer
tu orgullo,
enfrentando con valor,
con desmedido impulso
las mil adversidades.

Y cuando desfallezcas
bien recuerda
las sobras de coraje
que te hicieron libre
tierra mía.

Hoy son acechanzas sutiles,
con amenazas
merodeando lo tuyo,
con decoros escondidos
y ambiciones a cuestras

Y te vas quedando sola
con tu añoranza,
cerrando tus ojos al presente
que debe ser tu futuro.

Y llegará el momento
tierra mía,
de recuperar lo perdido,
oponiéndose a lo extraño
los rasgos de tu entereza.

Y volverá a ser tuyo
el filón de oro
herencia de tus mayores.

Y entonces, tierra mía
moriré en paz,
sabiendo que te vas conmigo
para siempre, a la eternidad.

LA PERLA

La perla se refugia
en sus paredes
libre de tentaciones.

El mar es su cómplice
disimulando
su nítida presencia.

Y el remanso marino
la acaricia
¡Sabe de su belleza!

CABO PULMO

De cierto es Cabo Pulmo

tesoro del mar
con sus mantos de coral

Los peces los arrullan
protegiéndolos,
son escudos contra el mal.

Y será por los siglos
nuestra riqueza
como el mar y la vida.

DESTINO

Lléname de ilusiones
amada mía
para gozo de los dos.

Abre el brillo de tus ojos
y tu mirada
languidezca con amor.

Por que estás unida a mí
como hiedra letal
que destruye el corazón.

LA ESPERA

Cansado de esperarte
busco refugio
en mi triste soledad.

Los reclamos al viento
por insensible
son murallas sin final.

Y llora la espera
por tu ausencia
lágrimas sin consuelo.

NOSTALGIA

Temeroso de la mar
entre las brumas,
escondo mi nostalgia.

Ellas ocultan todo
en complicidad
con las olas y el viento.

Y riela la tristeza
lánguidamente
en la neblina del mar.

PLENITUD

A veces, cuando la tarde agoniza.

siento que una parte de mí va con ella,
y retengo tercamente sus reflejos
como síndrome fatal que va conmigo.

El tiempo ha pasado y yo lo siento
en los rasguños de mi piel adormecida,
en los pasos vacilantes de tanteo
y en los desganos de un mirar oscurecido.

Pero quiero que la tarde se eternice,
que sus fulgores mantengan mis recuerdos
tristes y alegres sin medida
o plenos de oquedades sin memoria.

Porque he vivido plenamente sin rescoldos,
sin la angustia reflejada en mis rincones,
con la torpe vanidad herida
matizada con siglos de goces terrenales.

Porque he vivido sin torpes acertijos
pulsando la verdad a ciegas,
llevando por delante mis ideales
como firme sostén de mi existencia.

No quiero dejar en el camino
auroras y ocasos transcurridos,
ni olvidar por más que lo desee
las fuentes del amor correspondido.

^Pero la tarde vuela inexorable
llevándose con ella mis recuerdos,
agonizante de luz como la estela
que señala el final de mi camino.

FLOR

Te pareces a mi alma
flor del desierto
con tu imagen diluida

Apareces de pronto
en la mañana
como orto de esperanza.

Y el alma y la flor juntos
se desvanecen
con el ocaso nocturno.

VIVIR

Estela, amiga:
¿Conoce el corazón
de las ansias de vivir?

Vivir como Dios manda
con la frente en alto
y la dignidad intacta.

Vivir con el presente
sin rescoldos del pasado
que hace más atroz el sufrimiento.

Vivir con la alegría
de sentirse joven
de corazón y de esperanza.

Vivir con la certeza
de haber hecho lo mejor
para si mismo y los demás.

Y vivir intensamente
los días y las horas
que nos pertenecen.

Vivir así, morir así,
conlleva plenitud
y eternidad.

JUVENTUD

Samantha Berenice:
alegra la vida
con tu bella juventud.

Y deja que tus pasos
marquen el ritmo
de una brillante melodía

Así, cuando pasen los años,
tú recordarás
la hermosura de ese don.

DESEOS

Leticia del corazón
infatigable
llena tu cuenco de luz.

Con lirios y colibríes
entrelazados
emerge tu estro y canta.

Y que tu voz se escuche
emocionada
como torrente de amor.

En el césped yacemos
entrelazados
ahitos de placeres.

Elevas tu mirada
de mil fulgores
anhelando más y más.

Y el césped y la brisa
mudos contemplan
el gozo de la vida.

HAIKÚS

Estar junto a tí
desvanece mis dudas,
como la aurora.

Los cactus sufren
la permanente sequía
cerrando sus ojos.

En su soledad
mil alucinaciones
tiene el desierto.

Triste la tarde
lo mismo que la vida,
una junto a la otra.

Correcaminos,
¿quién te echó la maldición
para no volar?

Dame un espacio

para llorar mis penas
océano amigo.

La ruda California
vive por siglos
su eterno peregrinar.

La lluvia es magia,
transforma los eriales
en mil paraísos.

Como tatuaje
se incrustan las congojas
en mi soledad.

¿Acaso puedes
girasol de mi vida
darme eternidad?

Late corazón,

mantenme la esperanza,
late corazón.

Busca incansable
las veredas que ocultan
la felicidad.

Ríndete amor
con los dulces encantos
de un bello día.

Triste contemplo
la tarde que agoniza
como mi vida.

Cardón huérfano,
como me causa pena
tu soledad.

